

PLATÓN
ARISTÓFANES

Apología de Sócrates • Critón

Las nubes

BIBLIOTECA DE FILOSOFÍA

folio

-Biblioteca de Filosofía

PLATÓN ARISTÓFANES

Apología de Sócrates

Critón

Las nubes

PLATÓN ARISTÓFANES

Apología de Sócrates

Critón

Las nubes

folio

Traducciones, preámbulos y notas:
Francisco García Yagüe y Francisco **E. Samaranch**

Prólogo:
Antonio Alegre Gorri

© 2002 Ediciones Folio, S.A. Rambla Catalunya, 135

08008 Barcelona

ISBN: 84-413-1818-2

Impresión: LIBERDÚPLEX CX
Constitución, 19 Bloque 4, Local 1-5 08014
Barcelona

D. L.:B. 31.893-2002 *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna por ningún medio, ya sea éste electrónico, mecánico, óptico, de grabación magnética o xerografiado, sin la autorización previa y escrita del editor

Sócrates:
el enigma
y dos visiones antagónicas

I. El enigma

«Hay personas que hacen difícilísima la tarea de describirlas con sus rasgos más característicos y típicos. Y son ellas las que solemos llamar gentes vulgares, comunes, las que constituyen, en efecto, la inmensa mayoría de la sociedad.»

(Fedor Dostoiewsky, *El idiota*.)

PRESENTACIÓN

La llamada «cuestión socrática» es compleja y misteriosamente atractiva. Compleja porque hay que reconstruir la figura de este «ciudadano» ágrafo.

Como se sabe, Sócrates no escribió nada. Y, como es conocido, Sócrates fue condenado a muerte por un régimen democrático. Estas dos evidencias generan, a su vez, dos preguntas. ¿Por qué un hombre que nada escribió ha adquirido tal importancia en la historia? La segunda puede formularse así: ¿Era Sócrates un reaccionario, ya que fue condenado y ejecutado, tras un proceso legal, por un régimen democrático? Clarificar la cuestión socrática implica un análisis pormenorizado de la historia de la organización y dinámica socio-políticas de Atenas en la época de Sócrates.

Sócrates nace en el año -470 o en el -469. Su madre era una hábil comadrona, de nombre Fenarete. Su padre respondía al nombre de Sofronisco. Parece -según la tradición alejandrina- que Sofronisco era escultor. Sócrates, se dice, fue discípulo de Anaxágoras y Arquelaos, se relacionó con los sofis-

tas, con Eurípides y con los políticos ilustrados, tales como Pericles, y frecuentó las cultas tertulias de la elegante Aspasia.

Como Sócrates no escribió nada, tenemos que rastrear su personalidad y sus doctrinas por caminos sesgados, a través de Platón, Jenofonte, Aristófanes, Aristóteles y Polícrates. Ediciones Orbis ha tenido la espléndida idea de editar un libro que contenga dos visiones opuestas de Sócrates, la de Platón y la, de Aristófanes, pues este personaje (Sócrates), enigmático y famoso, fue controvertido. Se le exaltó en la Antigüedad (Platón y Jenofonte) y fue denostado antaño (Aristófanes y Polícrates). La posteridad ha seguido los mismos derroteros: o es presentado como el hombre ideal o es rebajado a la situación de un amante de oligarcas, justamente condenado a muerte, por tanto, por los demócratas.

En esta introducción, necesariamente breve, expondremos lo fundamental a propósito de Sócrates, pero ofreceremos una amplia bibliografía para que el lector interesado pueda profundizar en el tema de Sócrates, es decir, en su personalidad y su época. Platón fue un discípulo de Sócrates; por eso, tras la muerte de éste, escribe dos obras exaltadoras de su personalidad: la Apología de Sócrates y el Critón. La primera, como su nombre indica, es una apología o defensa del maestro. Reproduce el juicio, la defensa que Sócrates hizo ante el tribunal (pues Sócrates se defendió a sí mismo) y reconstruye la situación de la época. En cambio, Aristófanes, el gran comediógrafo, era un enemigo de Sócrates y lo criticó durísimamente en su obra Las nubes.

La vida de Sócrates transcurre entre los años -470 y -399, que es -en este último- cuando bebe la cicuta; Platón vive desde el -427 hasta el -347 y Aristófanes desde el -445 al -386.

Sócrates asiste, pues, a los siguientes acontecimientos: la época de Pericles y, por tanto, el pleno desarrollo de la democracia ateniense; las traumáticas guerras del Peloponeso, libradas entre Atenas y Esparta (del -431 al -404); el régimen de Cleón, sucesor de Pericles, en el -429 (Cleón instaura una democracia popular radical); la paz del oligarca Nicias (-421), prontamente quebrantada por Alcibiades (-415), personaje inclasificable, ya aliado a los demócratas, ora traidor a su patria, uno de tantos que actúa y pone sus acciones al

servicio de sus intereses (Alcibiades fue amigo de Sócrates); el corto triunfo, en el -411, de la oligarquía; restauración de la democracia (-411), comandada por un no demócrata, Alcibiades; el asedio y capitulación de Atenas y la instauración de un régimen oligárquico sanguinario y títere de Esparta (el gobierno de los Treinta tiranos, en el -404); y la reinstauración de la democracia en el -403. Precisamente esta democracia reinstaurada por Trasíbulo, Trásilo y Anito condena a muerte a Sócrates en el -399.

II. Dos visiones contrapuestas

Para entender por qué se condenó a muerte a Sócrates hay que considerar dos variables: una, política; sociocultural la otra.

La variable política rezaría más o menos como sigue: Sócrates fue amigo de oligarcas e incluso de traidores a Atenas (el caso de Alcibiades), y por ello los demócratas lo condenaron a muerte. Es una tesis factible. Pero hay datos que no cuadran: también frecuentó los medios democráticos y estuvo a mal con los Treinta tiranos. Sin embargo, los demócratas que condenaron a Sócrates eran moderados y nada fanáticos. Así lo reconoce todo el mundo, incluido Platón. Alcibiades y Critias habían muerto ya, pero los demócratas no se podían sentir seguros si vivía un hombre que había ejercido notable influencia sobre aquellos activos antidemócratas: Sócrates. No debe olvidarse que los demócratas que condenaron a Sócrates proclamaron la primera amnistía política que se conoce en la historia. Y el instigador del proceso, Anito, no era un fanático ni político ni religioso (no olvidemos que, entre otras cosas, a Sócrates se le acusó de impiedad), pues ni trató de resarcirse de las fuertes pérdidas personales en la época de triunfo de los Treinta tiranos -y él fue el promotor principal de la amnistía política- ni persiguió a nadie por motivos religiosos; así, el mismo año de la acusación contra Sócrates (por impiedad) ayudó a la defensa de un orador, Andócides, que había sido procesado también por impiedad.

Como sabemos, Anito no desempeñó el papel de acusador legal-formal (de tal menester se ocupó un personaje secundario, Meleto), pero fue el verdadero promotor, la mano fuerte

en la sombra. Sin embargo, se puede sostener que su intención no era que Sócrates muriese. Dada la especificidad de los juicios en Atenas, en los que el acusado podía hacer ante el tribunal una contrapropuesta a la propuesta del acusador, Anito esperaba una razonable conducta de Sócrates, pensando que propondría para sí o una multa o el destierro. Mas Sócrates actuó con arrogancia. Negó las acusaciones que se le imputaban y rechazó toda solución de compromiso. Propuso que, puesto que en su opinión había sido un gran benefactor espiritual de la polis, debería recibir el premio más excelso: ser mantenido por el Estado, de por vida, en el Pritaneo, premio reservado a los vencedores en las Olimpiadas y a los generales salvadores de la ciudad. Tal actuación enojó a los jueces, y le condenaron a muerte. La propuesta de Meleto era la pena de muerte.

Sócrates tenía amigos poderosos y pudo haber huido de la cárcel. Sin embargo, no lo hizo y aceptó la muerte. Esto se narra en el Critón. ¿Por qué? ¿Pura arrogancia? Casi nadie, pudiendo evitarla, acepta la muerte por arrogancia. Y menos los hombres de derechas, es decir, aquellos a los que sólo les preocupan sus asuntos y sus ganancias económicas. La muerte les cierra la fuente. Y Sócrates era pobre.

Y entramos en la segunda cuestión: el ambiente sociocultural, de vida ordinaria, e ideológico que posibilitó la muerte de Sócrates. En el Critón, Sócrates dice que se debe cumplir la ley. Si ésta es inadecuada, hay que cambiarla, pero no transgredirla. No parece, pues, que Sócrates fuera un oligarca contumaz que defendiese intereses económicos de la clase adinerada, ya que él era pobre. Y tampoco era un filibustero adulator. Ni era un laconófilo. Luchó por su patria, Atenas; y, salvo para ir al campo de batalla, nunca salió de su amada ciudad. No era un Alcibiades cualquiera, tráfuga de ideas y países.

Parece que luchó contra corriente toda su vida. Los embates contra Sócrates habían hecho de él un personaje impopular. En la época de Pericles, la gran ilustración sofística atacaba los cimientos de la rancia moralidad de las clases oligárquicas-eupatridas. Los tradicionalistas se oponían, principalmente por razones político-económicas y secundariamente por razones ideológicas y morales, a las innovacio-

nes de la sofística, que, en parte, eran resultado de las transformaciones políticas democráticas. (Hemos de decir que la sofística era un grupo no homogéneo; había sofistas progresistas y sofistas reaccionarios, pero el más famoso de ellos, Protágoras, era un modelo de pensador demócrata y progresista.)

Sócrates no era un sofista. Los testimonios de la Antigüedad disocian claramente a éstos de aquél. Tampoco era un filósofo de la naturaleza como Anaxágoras. Sin embargo, Aristófanes en Las nubes ridiculiza a Sócrates. Sócrates es criticado por Aristófanes como el paradigma sintetizador del filósofo naturalista y del sofista. ¿Por qué centró en Sócrates tal crítica y no introdujo en escena a Anaxágoras o Protágoras o Diógenes de Apolonia? Puede que Aristófanes, tradicionalista y reaccionario, deseara criticar todas las tendencias innovadoras de la época, centralizándolas en un solo personaje. Pero la pregunta debe ser: ¿por qué Sócrates?

Y aquí aparece una gran paradoja de la que efunde algo que hemos afirmado hace poco: que Sócrates era una personalidad difícilmente catalogable. La paradoja es: el tradicionalista y conservador Aristófanes, con la negativa visión que propagó de Sócrates, prepara el terreno para que éste sea condenado a muerte por un régimen progresista. ¿Por qué Sócrates? Por su inasibilidad. Sócrates era incómodo para oligarcas y progresistas. En realidad era un personaje que ideaba una doctrina que superaba su época. Hay una palabra que es la clave: el daimon. Sócrates habla siempre de su «demonio» interior que le indica qué debe hacer y le guía en su conducta y comportamientos. Los griegos no eran escrupulosos en cuestiones pertinentes a sus dioses. Eran tradicionales y cuidadosos en las celebraciones rituales. Así, la religión era más un rito que una creencia sincera. Y, sobre todo, la religión ritual era religión del Estado en sus diversos modos. ¿Qué queremos decir? Que representaba un "conglomerado heredado" de creencias que se utilizaban como factor de control social. Los sofistas con su nueva educación eran agnósticos. Y también lo era Sócrates en un sentido más profundo. Sócrates era cuidadoso con los ritos religiosos, es decir, cumplía con ellos, pero afirmaba que la verdadera pauta de la conducta la daba la conciencia (es la traducción que se debería dar a la palabra daimon), de la que brotaba la actuación justa. Justicia y mo-

ralidad que, muchas veces, se oponían al Estado y a los dictámenes de los intereses de las clases sociales. Conciencia frente al colectivismo de la polis. Ésta es la razón por la que Sócrates concitó el odio de las gentes de su ciudad. Y ésta es la razón por la cual Aristófanes escogió a Sócrates como blanco en el que resumía todos los ataques a lo nuevo y progresista.

Pero hay un aspecto filosófico-moral en Sócrates, que fue seguido por Platón. Sócrates propugnaba salir del contingencialismo y de las miserabilidades de las injusticias cotidianas del Poder. Sostenía que no necesariamente tienen que ir unidos poder y moral. Dicho de otro modo: postulaba la moralización del poder. Existen ideas de justicia, de corrección en las actuaciones, de racionalidad, que todos debemos seguir. Esas ideas son innatas, es decir, todos sabemos cuándo actuamos bien y cuándo egoístamente. Esta idea socrática fue el orto del filosofar de Platón. Éste escribió bellísimas páginas en contra de aquellos que sostenían que la única moralidad válida es la del más fuerte, es decir, la del Estado. Por ejemplo, el Gorgias y las primeras páginas de la República, en las que se ataca al sofista Trasímaco. Platón hizo de Sócrates el vocero de sus ideas en casi todos sus diálogos, y a su pluma debemos inolvidables diálogos en los que se encumbra a Sócrates a olímpicos altísimos. Sócrates no escribió nada, pero Platón lo rescató para la posteridad.

III. Los logoi socráticos y bibliografía

Se llaman diálogos socráticos (logoi sokratikoi) a aquellas obras en las que Sócrates comparecía como protagonista. Así, el que nada escribió dio origen a una profusa literatura sobre él. No sólo escribieron sobre él Platón, Jenofonte y Aristófanes, sino otros en la Antigüedad, entre los que cabe destacar al orador Polícrates, con una Acusación contra Sócrates, fechable en el -393 o el -392, y a Libanio, también orador, quien ocho siglos después de la muerte de Sócrates escribió una Apología de Sócrates.

Nos referiremos a la bibliografía a la que puede recurrir el lector que desee profundizar en el tema de Sócrates. Se puede dividir en dos partes: testimonios de la Antigüedad y bibliografía moderna.

A. Testimonios de la Antigüedad

ARISTÓFANES:

Las nubes, Madrid, Aguilar, 1979, que reproduce Orbis en este libro.

ARISTÓTELES:

Metafísica, edición trilingüe por V. García Yebra, 2 vols., Madrid, Cremos, 1970.

La Constitución de Atenas, traducción, notas y edición, con estudio preliminar por Antonio Tovar, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1970.

DIÓGENES LAERCIÓ:

Vidas de los filósofos más ilustres. Madrid, Espasa-Calpe, col. Austral, 1949/50, 3 vols.

JENOFONTE:

Recuerdos de Sócrates, Apología o Defensa ante el jurado, Simposio o el Convite, los tres editados en Madrid, Alianza, 1967; traducción, prólogo y notas a cargo de Agustín García Calvo.

PLATÓN:

Apología de Sócrates, en Diálogos, vol. I, Madrid, Gredos, 1981, traducción de Calonge, o en Obras Completas, Madrid, Aguilar, 1966/69, traducción, preámbulo y notas de F. García Yagüe, edición que reproduce Orbis en este libro.

Carta VII, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1970, traducción de Margarita Toranzo.

Critón, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1957. edición bilingüe, traducción y estudio preliminar por M. Rico Gómez, y la edición que se encuentra en Obras Completas, Aguilar, también a cargo de F. García Yagüe, reproducida por Orbis en este libro.

Fedón, Barcelona, Labor, 1979, traducción y presentación de Luis Gil.

Menón, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1958. edición bilingüe, notas y estudio preliminar por A. Ruiz de Elvira.

Y, en general, todos los primeros diálogos, llamados «socráticos».

B. Bibliografía moderna

ADORNO, F.:

Introduzione a Socrate, *Bari, Laterza, 1970.*

GIANNANTONI, G.:

Qué ha dicho verdaderamente Sócrates, *Madrid, Doncel, 1973*
(*contiene abundante y ordenada bibliografía*).

HEGEL, G. W. F.:

Lecciones de historia de la filosofía, *México, Fondo de Cultura Económica, 1955, vol. II.*

JAEGER, W.:

Paideia, *México, Fondo de Cultura Económica, 1946.*

KRAUS, R.:

La vida privada y pública de Sócrates, *Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1966.*

LESKY, A.:

Historia de la literatura griega, *Madrid, Credos, 1976.*

MAGALHAES-VILHENA, V. de:

Le problème de Socrate. Le Socrate historique et le Socrate de Platon,
Paris, PUF, 1952 (obra decisiva; lamentablemente no hay traducción castellana).

RODRÍGUEZADRADOS, F.:

La democracia ateniense, *Madrid, Alianza Universidad, 1975.*

TAYLOR, A. E.:

El pensamiento de Sócrates, *México, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, 1980.* TOVAR, A.:

Vida de Sócrates, *Madrid, Revista de Occidente, 1947.*

Sobre la sofística puede verse la obra de UNTERSTEINER, M.: Sofisti. Testimonianze e frammenti, 4 vols., La Nuova Italia Editrice, Florencia, 1962 & 1967.

(*En castellano, Orbis ha publicado un volumen dedicado a Protágoras y Gorgias.*)

APOLOGÍA DE SÓCRATES

Antonio Alegre Gorri

Profesor de Historia de la Filosofía en la Universidad de Barcelona

PREÁMBULO

1. En el año -406 pasó a formar parte del Consejo ateniense de los Quinientos, por virtud del democrático sistema del sorteo, Sócrates, hijo de Sofronisco, de la tribu Antióquide, del «demo» de Alópece. Y era miembro de la Comisión Pritana cuando, pese al criterio de ésta, la asamblea popular exigía la condena a muerte de los generales que habían combatido en la batalla naval de las Arginusas; él fue el único que hizo frente al furor del pueblo, el único que se negó a apoyar aquella voluntad descabellada. Años más tarde desobedeció, con peligro de su vida, a los oligarcas (Treinta tiranos) cuando le ordenaron prender a León de Salamina para conducirlo a la muerte. Patente queda en uno y otro momento su independencia de espíritu frente a los dos partidos rivales, circunstancia que no podía dejar de serle fatal.

Cuando en el -403 volvieron al poder los demócratas y una amnistía reconciliaba a los dos bandos opuestos, aquel hombre apolítico había de sufrir la pena que merecía por haber estado por encima de unos y otros; por haberse mantenido al margen del gobierno oligárquico y sus tropelías; por haber tenido relaciones de tipo personal con algunos miembros; por haber censurado ciertos aspectos del régimen democrático, como su sistema electoral basado en el sorteo. Una acusación de tipo fundamentalmente religioso (las denuncias de tipo político estaban vedadas por la amnistía) podía ser eficaz: el hombre que hablaba de una divinidad, un «.demon» que le acompañaba y cuya voz le había apartado desde su infancia de todo lo que podía ser su mal, era un introductor de dioses nuevos, de dioses extraños a la ciudad; el maestro del «conócete a ti mismo», el que instauraba una

educación de tipo crítico, cuyo carácter antitradicional nos pone tan de manifiesto Platón, era un corruptor de la juventud. La altanería moral de aquel hombre, su hombría y su actitud filosófica ante la muerte, amén de aquella encantadora ironía que le permitía una vez más burlarse agudamente de sus detractores, fueron el factor coadyuvante de su condena.

2. Y, hecho este esbozo, entremos en el detalle de los hechos. Los nuevos gobernantes y el pueblo ateniense veían a los sofistas como principalísimos causantes de todas las desgracias que la ciudad había sufrido en los últimos años. Y en verdad, políticos como Alcibiades y Critias habían sido vivos ejemplos de lo que las enseñanzas sofísticas podían dar de sí, y la corrupción de las costumbres aparecía motivada en gran parte por esas doctrinas. Pero se cayó en el error de considerar a Sócrates un sofista, sin duda porque sus procedimientos eran semejantes, al menos exteriormente, a los de aquellos hombres, y porque gustaban de seguirle muchos de los clientes de los sofistas, ávidos de escuchar una discusión bien llevada o el sutil análisis de una idea ingeniosa. No se puede negar que experimentó la influencia de la dialéctica de los primeros sofistas y que, cuando Platón habla de Pródicos como uno de los maestros de Sócrates, no lo hace en un sentido del todo irónico (León Robín: *La pensée grecque*, 1948, página 190), y también es probable que Sócrates diera, aunque no como pretende Aristófanes en *Las nubes*, cierta enseñanza de la retórica: pero la búsqueda y el análisis de la esencia de las cosas le diferenciaban sin duda de aquellos conferenciantes. Ciertamente que la «antilogía» (ἀντιλογία) de los sofistas y el examen (ἐκείααις) socrático eran dos variantes del método de refutación y que ambas tenían que ver con la dialéctica de Zenón de Elea; pero el procedimiento sofístico es erudito, enciclopédico, verbal —nunca reflexivo—, y en el de Sócrates la erudición está condenada por la afirmación de la insciencia y la conciencia está liberada de toda autoridad tradicional (de ahí procede principalmente la enemiga de Aristófanes). El formalismo sofístico recibe un contenido que varía con la coyuntura exterior y busca la adaptación individual o circunstancias contingentes: el método de Sócrates tiene un contenido permanente y trata de buscar lo universal. El sofista no cree en verdad objetiva alguna, y de aquí que toda afirmación valga para él tanto como su contraria y que el

argumento débil pueda convertirse en argumento fuerte: toda ley carece de valor y es una invención de los débiles frente a los fuertes; la ciudad y la familia son pequeñeces de las que debe independizarse el individuo. ¡Qué distinto todo de Sócrates, el sempiterno defensor de la justicia y de las leyes, el enamorado de la ciudad de Atenas, que sólo dejó en contadas ocasiones, para tomar parte en alguna campaña (Potidea, Anfípolis, Delion), para luchar valerosamente a su servicio! Pero pesaba mucho su apariencia de sofista y aquel andar de acá para allá interrogando a unos y a otros y poniendo en evidencia la ignorancia de los que estaban más seguros de su propia sabiduría. Tampoco sus ideas religiosas parecían coincidir gran cosa con las creencias tradicionales. Y así, el comediógrafo Aristófanes nos lo presenta en *Las nubes* en su «pensatorio» ((ppovrvnerov) donde exige crecidos honorarios a los alumnos a cambio de sus enseñanzas: explica geometría, física, astronomía, meteorología, geografía, las profundidades de la Tierra, etc.; es un ateo, puesto que no cree en los dioses de la ciudad; no sólo es un físico, sino un maestro de retórica y un preceptor de elocuencia forense y política, de quien se puede aprender a hacer triunfar la causa débil o injusta sobre la causa fuerte o justa. En una palabra: Sócrates, en *Las nubes*, es la verdadera estampa del sofista. La obra contribuyó a crear un ambiente enrarecido en torno a nuestro filósofo, y es el propio Platón, por medio del discurso que pone en boca de su maestro como defensa ante los jueces, quien levanta una protesta directa y precisa contra Aristófanes y le atribuye una gran parte de responsabilidad en la muerte de Sócrates (Defensa, 18 a y sgs.). Este ambiente dio pie a Anito, Meleto y Licón para su denuncia, formulada en estos términos: «Sócrates comete los siguientes delitos: no cree en los dioses en que la ciudad cree, trata de introducir dioses extraños y corrompe a los jóvenes.»

Sócrates se defendió de los cargos que se le hacían con una entereza extraordinaria, sin recurrir a ninguna humillación, sin tratar de despertar compasión. Hizo ver que estaba dispuesto, en el caso de quedar absuelto, a vivir del mismo modo que hasta entonces (Defensa, 29 c y sgs.), y se mostró indiferente ante el fallo del tribunal: 281 votos se inclinaron por su culpabilidad; 220 trataban de absolverle.

En la segunda parte del proceso, los acusadores solicitaron la pena de muerte; Sócrates, como haciendo burla de la primera

votación, declaró que en lugar de castigo merecía, a título de ciudadano benemérito, el privilegio de ser mantenido en el Printaneo a expensas del Estado. Con ello creció el número de jueces hostiles; de nada sirvió que en última instancia propusiese una multa de treinta minas. Y fueron 360 los que apoyaron la petición de la pena capital frente a sólo 141 que aceptaban la propuesta del acusado.

APOLOGÍA DE SÓCRATES

No sé, atenienses,¹ qué impresión han dejado en vosotros las palabras de mis acusadores, mas de mí sí puedo decir que, al oírlas, me ha faltado poco para olvidarme de mi propia persona: tal era el poder de persuasión de las mismas. Sin embargo, tocante a verdad, nada han dicho, en resumidas cuentas. Y entre las muchas mentiras que han salido de sus labios hay una que me ha causado especial maravilla: me refiero a aquella parte de su discurso en que afirmaban que debéis estar prevenidos para no ser embaucados por mí ya que, según ellos, soy un hábil orador.² En efecto, el hecho de que no sientan vergüenza ante la proximidad de ser puestos por mí en evidencia, y no con palabras, sino con hechos, una vez que quede patente mi completa inhabilidad oratoria me parece lo más descarado de su conducta, a no ser que

1. Los jurados a quienes se dirige Sócrates son los que forman el Tribunal de los heliastas. Podían ser jueces de este tribunal todos los ciudadanos mayores de treinta años que estuvieran en uso de la plenitud de derechos de ciudadanía e inscritos como aspirantes a este cargo. Cada año los arcontes sorteaban entre los solicitantes 5.000 plazas, más otras mil a efectos de suplencia. Sócrates, al dirigirse a tan heterogéneo tribunal, emplea a través de toda su defensa el vocativo «ateniense» y nunca el de «jueces». Únicamente llama jueces, al final de esta obra, a los jurados que han votado en favor suyo.

2. Con ello sus acusadores le tachaban una vez más de sofista (véase el Preámbulo). La sofística tenía un fondo eminentemente retórico y adiestraba a sus prosélitos en el arte de la discusión y en la manera de conseguir que la tesis propia resultase victoriosa, aun en el caso de apoyarse en premisas más débiles que las del adversario.

llamen hábil orador al que dice la verdad. Si es ése el sentido de sus palabras, tendré que reconocer que soy orador, mas no al modo de ellos. Poco o nada ha sido, repito, lo que han dicho sin mentir, y, en cambio, de mis labios vais a escuchar toda la verdad. Y no será, por Zeus, un elegante discurso el que escuchéis, un discurso como el de éstos, adornado con bellas frases y palabras; lejos de eso, emplearé las primeras expresiones que acudan a mi mente. Tengo la firme convicción de que lo que voy a decir no se aparta un punto de lo justo, y no espere nadie de mí un lenguaje distinto del citado; por otra parte, tampoco cuadraría a un hombre de mi edad el comparecer ante vosotros puliendo discursos como un adolescente. Y por lo demás, atenienses, he aquí lo que muy encarecidamente os pido: si veis que, al hacer mi defensa, me expreso en términos iguales a los que suelo emplear en la plaza junto a las mesas de los cambistas, donde muchos de vosotros me habéis escuchado, y en otros lugares, no os extrañéis ni hagáis manifestaciones desaprobatorias a causa de esto. Tened en cuenta que es ahora cuando por primera vez comparezco ante un tribunal, pese a mis setenta años, y que, por tanto, soy completamente extraño al modo de hablar de aquí. Pues bien: de igual modo que, si yo fuese de otra ciudad, me perdonaríais sin duda que hablase en mi nativo dialecto y emplease sus giros propios, así, en la ocasión presente, os hago este ruego, que, a mi modo de ver, no es contrario a derecho: haced caso omiso de mi modo de hablar, sea peor, sea mejor, y examinad esto —y sólo a ello dedicad vuestra atención—: si mis palabras se avienen con la justicia o no se avienen, ya que es ésa la virtud del juez, como la del orador es decir la verdad.

Pues bien: en primer término es justo, atenienses, que me defienda contra las primeras acusaciones calumniosas lanzadas contra mí y contra mis primeros acusadores; en segundo término, contra las posteriores acusaciones y los posteriores acusadores. Y es que han sido muchos los que han ejercido ese oficio ante vosotros contra mí, y son muchos ya los años que han transcurrido desde que vienen propalando sus mentiras; les temo más que a Ani-

to³ y los suyos, aun siendo temibles también éstos. Pero más temibles son aquellos atenienses; me refiero a los hombres que han ejercido cierto magisterio sobre vosotros desde que erais niños y que con sus mendaces acusaciones han tratado de ganaros en contra mía: hablaban de cierta especie de sabio, llamado Sócrates, investigador de los fenómenos celestes y de todo cuanto hay en las profundidades de la Tierra, y transformador de argumentos débiles en fuertes.⁴ Los que han propalado esa noticia, éstos son, atenienses, mis acusadores temibles, pues quienes los oyen consideran que los que se dedican a tales investigaciones tampoco creen en los dioses. Además, son muchos los tales y mucho tiempo hace ya que vienen acusándome, y, por si fuera poco, os han hablado durante los años de mayor credulidad —algunos de vosotros erais niños o muchachos—, y eran verdaderamente acusaciones sin comparecencia de acusado, sin defensa. Pero lo más chocante de todo es que ni siquiera es posible saber ni decir sus nombres, excepto el de alguno que es comediógrafo⁵ y tanto los que, movidos por la envidia y por el deseo de calumniar, trataban de convenceros como los que, convencidos ya ellos, trataban de despertar la convicción en los demás, todos éstos son difícilísimos de combatir, pues no es posible hacer comparecer ni poner en evidencia a ninguno de ellos, sino que, al defenderse, hay en verdad que luchar como con una sombra y hacer refutaciones sin que nadie se dé por aludido. Reconoced, pues, también vosotros que, como os digo, los acusadores que pesan sobre mí forman dos grupos, el de los recientes y el de aquellos antiguos de que os hablo, y considerad que debo defenderme en primer término contra éstos, pues también vosotros comenzasteis a escuchar sus acusaciones antes que las de los posteriores y mucho más las habéis oído. Ea, pues, defenderme debo, atenienses, y tratar de arrancar de vuestras mentes en tan breve tiempo la calumnia que

3. Político ateniense del partido democrático, quien, junto con Meleto y Licón, presentó contra Sócrates la acusación contra la cual pronuncia éste la presente defensa.

4. Véase nota 2.

5. Se refiere sobre todo a Aristófanes, autor de *Las nubes*.

forjasteis al cabo de mucho. Y en verdad que tanto en interés vuestro como en el mío, quisiera conseguir este propósito y que no resultase baldía mi defensa. Mas creo que ello es difícil; no se me ocultan en absoluto los obstáculos que hay que vencer. No obstante, que la cosa resulte como plazca a la divinidad, que hay que obedecer a la ley y hacer la defensa.

Pues bien: remontémonos al principio de donde nació la acusación que dio lugar a la calumnia que sobre mí gravita y a la cual ha dado crédito finalmente Meleto,⁶ el hombre que ha presentado contra mí esta denuncia de carácter público. Veamos, pues: ¿qué decían mis calumniadores? ¿Qué calumnias divulgaban? Como si se tratase de acusadores judiciales, os leo —finjo leer, mejor dicho— su acusación jurada —la que habrían presentado—: «Sócrates delinque al ocuparse con exceso en la investigación de lo subterráneo y lo celeste, convertir en fuerte el argumento débil y enseñar a otros estas mismas prácticas.» Algo así es dicha acusación; eso es lo que vosotros mismos veáis en la comedia de Aristófanes, en la que aparecía un tal Sócrates andando de acá para allá y diciendo, entre otras muchas tonterías, que podía ir por los aires, cosas todas en las que no soy entendido ni poco ni mucho. Y conste que al hablar así no tengo intención de menospreciar tal ciencia ni a nadie que sea versado en tales conocimientos —no vaya a ser que Meleto me denuncie por tal motivo⁷—; lo que ocurre es, sencillamente, que no tengo nada que ver con eso, atenienses. Y como testigos de esto invoco una vez más a la mayor parte de vosotros y os pido que cuantos alguna vez me habéis escuchado platicar —que sois muchos— os informéis unos a otros y os pongáis al corriente sobre el particular; tratad de recordar en común si en alguna ocasión me ha escuchado hablar alguno de vosotros poco o mucho sobre semejantes cuestiones, y por ahí conoceréis que todo lo demás que el vulgo dice sobre mí es de la misma índole.

6. Principal acusador de Sócrates. Era un poeta fracasado, que trataba, sin duda, de agradar a los políticos.

7. Irónico.

Nada de lo aludido es verdad, y, si escucháis decir a alguien que yo me dedico, mediante estipendio, a instruir a los hombres, tampoco es eso verdad. Aunque realmente me parece decoroso eso,⁸ si se les puede instruir al modo de Gorgias de Leontinos, Pródicos de Ceos e Hipias de Elide, los cuales van recorriendo las ciudades y, pese a que los jóvenes pueden seguir gratuitamente las enseñanzas del maestro que prefieran entre los de su ciudad, los mueven a abandonar el magisterio de éstos y hacerse discípulos suyos, con pago de honorarios, y quedar encima agradecidos. Y aquí hay también un sabio de ese estilo, oriundo de Paros, y ved cómo me enteré de su estancia en Atenas: me acerqué sin otro propósito que el de costumbre⁹ a un hombre que lleva pagado a los sofistas¹⁰ más dinero que nadie, Calias, hijo de Hipónico, y le interrogué de este modo (pues son dos los hijos que tiene): «Calias —díjele—, si tus dos hijos hubiesen nacido potros o terneros, tendríamos que poner a su cuidado a un mayoral, mediante el estipendio correspondiente, para que encauzase bien y acrecentase las buenas cualidades de estos animales, y ése sería un entendido en caballos o en ganado vacuno; pero como son hombres, ¿a quién piensas tomar para que esté al cuidado de ellos? ¿Quién es conocedor de tal ciencia, la que hace hombres buenos y ciudadanos buenos? Yo supongo que tú lo habrás averiguado, ya que eres padre de familia. ¿Existe alguno —le pregunté— o no?» «Ya lo creo que existe», me respondió. «¿Quién es —inquirí de nuevo—, de dónde y por cuánto enseña?» «Eveno, de la isla de Paros, por cinco minas», fue su segunda respuesta. Y yo dije que feliz Eveno si realmente tenía ese arte y enseñaba con tanto acierto,¹¹ ya que yo, por mi parte, estaría orgulloso y jactancioso de contar con esa sabiduría, pero la verdad, atenienses, es que no la poseo.

Pues bien: alguno de vosotros podría interrumpirme diciendo: «Pero, Sócrates, ¿cuál ha sido la actividad a

8. Hay ironía en esto y en lo que sigue.

9. O sea el de interrogar a cualquier ciudadano, para filosofar.

10. Véanse el Preámbulo y nota 2.

11. Pedagógico y económico.

que te has dedicado? ¿Dónde está el origen de las calumnias de que eres objeto? Porque, a mi modo de ver, no pueden haber nacido semejantes noticias y rumores acerca de ti sin que te hayas dedicado a una ocupación más desusada que las de los hombres. Dinos, pues, qué es, para que no formemos juicios gratuitos.» Razonables me parecían tales palabras, y voy a procurar demostraros qué es lo que me ha deparado el calificativo de sabio y la calumnia. Escuchad, pues. Tal vez parezca a algunos de vosotros que bromeo, pero podéis estar seguros de que os voy a decir la pura verdad.

Ese calificativo que me ha quedado aplicado no tiene otro fundamento, atenienses, que una sabiduría de cierta clase. ¿De qué clase? Sin duda una sabiduría de carácter humano. Es realmente posible que sea sabio en ese sentido, mientras que aquellos a quienes he citado poco ha serán quizá sabios con una sabiduría sobrehumana, o no sé qué nombre darle,¹² pues yo al menos no estoy en posesión de ella, y el que afirma que la tengo mente y lo dice con intención de difamarme. Y ahora, atenienses, no prorrumpáis en manifestaciones desaprobatorias si lo que os voy a decir os parece jactancioso; lo que diga no serán palabras mías, sino que me remitiré a las de alguien que os merece crédito, pues invoco para vosotros el testimonio del propio dios de Delfos¹³ en lo relativo a la existencia de mi sabiduría y a la índole de la misma. Sabéis sin duda quién era Querefonte. Fue amigo mío desde la juventud y simpatizante con vuestro partido democrático; con vosotros partió para el desierto y con vosotros regresó. Sabéis sin duda cuál era su carácter, cuan vehemente era en todo lo que emprendía. En cierta ocasión he aquí hasta dónde llegó: fue a Delfos y

12. Eufemismo.

13. Delfos era un santuario de Apolo, en la Fócide, sobre la vertiente sudoeste del monte Parnaso. Acudían a él gentes de todas partes para hacer las más variadas consultas y, en especial, para preguntar sobre el porvenir. Los vaticinios se manifestaban por medio de la pitonisa, que, sentada sobre el sagrado trípode, recibía los vapores que salían de la boca de un antro que habla en el templo. En torno suyo estaban sentados los sacerdotes que recogían e interpretaban sus palabras. Había, además, poetas que versificaban los oráculos, y victimarios que realizaban los sacrificios y examinaban las entrañas de las víctimas y los vuelos de las aves.

se atrevió a hacer esta consulta —repito que no hagáis manifestaciones de desaprobación—; preguntó si había algún hombre más sabio que yo. Pues bien: la Pitonisa¹⁴ respondió que no había nadie. Con relación a eso podrá ser testigo ante vosotros su hermano aquí presente, puesto que él ha muerto.

Vais a poder considerar ahora las razones por las cuales hago referencia a esto; me dispongo a informaros sobre el origen de la calumnia de que soy víctima. Pues bien: al oír aquello, pensé de esta manera: «¿Qué quiere decir el dios? ¿Qué significa su enigma? Yo no tengo conciencia en modo alguno de ser sabio. ¿Qué quiere decir, pues, al sostener que yo soy el más sabio de los hombres? Pues él no miente, por supuesto; no le es lícito.» Y pasé mucho tiempo sin conocer el sentido de las palabras del dios. Finalmente, me dediqué a descifrarlo del siguiente modo, muy a pesar mío. Fui a ver a uno de los que pasan por sabios, movido por el pensamiento de que así es cómo mejor dejaría malparada la respuesta del oráculo y que podría manifestarle: «Éste es más sabio que yo, y tú decías que yo lo era más que todos.» No hace falta que diga su nombre: sólo diré que era un político y que, al examinarlo, me pasó lo que voy a referiros: llevé a cabo el examen a que lo sometí por medio de la conversación y tuve la impresión de que ese hombre parecía sabio a muchos y sobre todo a sí mismo, pero no lo era, y seguidamente procuré demostrarle que creía ser sabio, pero no lo era. A consecuencia de esto me gané su enemistad y la de muchos de los que estuvieron presentes, y partí pensando para mis adentros: «Yo soy más sabio que este hombre; es posible que ninguno de los dos sepamos cosa que valga la pena, pero él cree que sabe algo, pese a no saberlo, mientras que yo, así como no sé nada, tampoco creo saberlo.» Me encaminé a ver a

14. Era (véase nota 13) en el templo de Apolo, en Delfos, la sacerdotisa que recibía determinados vapores que salían de un antro. Los griegos creían que esos vapores eran manifestaciones del dios Apolo. La pitonisa se sentaba en el sagrado trípode de hierro o bronce colocado sobre la boca del antro. Los vapores producían en ella una especie de ataque epiléptico, en el cual lanzaba palabras inconexas, que recogían los sacerdotes que la rodeaban, para formular los oráculos, los cuales eran objeto, en Grecia, de la mayor veneración.

otro uno de los que pasan por más sabios que aquél, y deduje la misma conclusión, y me malquisté con él y con otros muchos.

A partir de entonces seguí entrevistándome sin interrupción con hombres como aquéllos, a pesar de que advertía con pena y con temor que me iba ganando enemistades; el dedicar la máxima atención a las palabras del dios me parecía una tarea inaplazable. Y, ¡voto al perro!, yo os puedo jurar, ya que es necesario deciros la verdad, atenienses, que me ocurrió lo que os voy a decir: en mi investigación relativa a las palabras del dios encontré que los que gozaban de mayor renombre no andaban lejos de ser los más faltos de sabiduría, mientras que otros que pasaban por inferiores a aquéllos me parecieron intelectualmente mejores. Y ahora debo acabar de poner en vuestro conocimiento la peregrinación que a modo de trabajos de Hércules llevé a cabo para que al fin el oráculo me resultase tan sin refutación como al principio. Tras los políticos, fueron los poetas mis visitados. Me entrevisté con los que escriben tragedias, los que componen ditirambos¹⁵ y los de los restantes géneros, con la intención de sorprenderme a mí mismo en flagrante como más ignorante que ellos. Y teniendo en mis manos sus obras, a mi entender, más perfectas, les iba preguntando qué querían decir, para aprovechar el tiempo aprendiendo algo de ellos.

Pues bien: vergüenza me da deciros la verdad; no obstante, hay que hacerlo. Por así decirlo, casi todos los presentes iban hablando mejor que los poetas sobre las propias creaciones de éstos. Y llegué pronto a la conclusión de que sus obras no eran fruto de la sabiduría, sino de una natural aptitud, y de que, al escribirlas, lo hacían inspirados por la divinidad, como los profetas y adivinos, que dicen muchas cosas excelentes, pero nada de lo que dicen es producto de sus conocimientos. Algo así me pareció bien a las claras que les ocurría a los poetas, y advertí al propio tiempo que a causa de sus dotes poéti-

15. El ditirambo era un canto coral que se entonaba con acompañamiento de flauta. En principio servía sólo para festejar a Dionisio, mas después amplió su campo. En los últimos tiempos fue del todo profano.

cas creían ser también los más sabios de los hombres en todo lo demás, sin serlo. Y me marché de allí con el mismo pensamiento que tuve anteriormente: a mi modo de ver, yo superaba a mis últimos interrogados en la misma medida que a los demás.

Finalmente, encaminé mis pasos hacia los artesanos, pues yo no tenía conciencia de saber nada, por así decirlo, y esperaba encontrar en ellos muchos excelentes conocimientos. Y en esto no me equivoqué, sino que sabían cosas que yo ignoraba y en eso eran, claro está, más sabios que yo. Pero advertí, atenienses, que los buenos de los artesanos adolecían del mismo defecto que los poetas: por el hecho de ejercer bien su oficio, creía cada uno de ellos ser muy sabio también en todas las demás cosas de mayor importancia, y este desarreglo de su saber oscurecía aquellos conocimientos, de suerte que yo me preguntaba a mí mismo en nombre del oráculo si debía preferir ser como soy,¹ es decir, ni sabio con arreglo a la sabiduría de ellos ni ignorante al modo de los mismos, o tener las dos cosas que ellos tenían. Y la respuesta que me di y que di al oráculo fue que era para mí más ventajoso ser como soy.

De esta encuesta, atenienses, han nacido muchos odios hacia mí, los más profundos y enconados que cabe imaginar, hasta el punto de brotar de ellos muchas calumnias, y también tiene su origen en ella la fama de sabio que me han creado. En efecto, los que asisten a cualquiera de mis conversaciones creen que soy sabio en aquellas cuestiones con relación a las cuales convenzo a otro, pero en realidad es la divinidad quien sin duda es sabia, y por medio del citado oráculo quiere significar que la sabiduría humana es poco o nada lo que vale. Evidentemente, al hablar de Sócrates, al emplear mi nombre, no hace sino presentarme como ejemplo. Es como si dijera: «Hombres, aquel de vosotros que, como Sócrates, ha caído en la cuenta de que no vale nada en verdad en lo tocante a sabiduría, es el más sabio.» Esta es la razón por la cual me dedico todavía hoy a andar de acá para allá buscando e inquiriendo de acuerdo con las palabras del dios en las personas de todos los que imagi-

no sabios, tanto si se trata de atenienses como de extranjeros, y al parecerme que no lo son, trato de demostrar esto para corroborar lo que el dios ha dicho. Esta tarea ha sido la que ha motivado que no haya tenido tiempo de cumplir ningún cometido político digno de mención, ni de ocuparme de mis intereses particulares; lejos de eso, vivo en una extrema pobreza por servir al dios.

Por otra parte, los jóvenes que espontáneamente me siguen, que son aquellos que tienen más tiempo libre, los hijos de los ricos, gustan de oír a los que someto a interrogación, y aun ellos mismos me imitan con frecuencia y se dedican a preguntar a otros, y, en consecuencia, encuentran, según creo, un sinnúmero de hombres que creen saber algo, pero saben poco o nada. De resultas de esto, los interrogados por ellos se encolerizan contra mí, en vez de hacerlo contra sí mismos, y dicen que Sócrates es un completo malvado y que corrompe a los jóvenes. Y cuando alguien les pregunta qué hago y qué enseño para corromper a los jóvenes, no pueden responder nada, pues lo ignoran; pero, con el fin de disimular su perplejidad, recurren a los tópicos que suelen emplearse contra todos los filósofos, es decir, aquello de «lo celeste y lo subterráneo», lo de «no creer en los dioses» y lo de «convertir en fuerte el argumento débil». Pues, creo yo, no están dispuestos a decir la verdad, y la verdad es —la cosa está clara— que se jactan de saber, pero no saben nada. Y como son gente, en mi opinión, quisquillosa y violenta, amén de numerosa, que ha puesto empeño y persuasión en todo lo que ha dicho sobre mí, han llenado vuestros oídos con sus ya viejas y vehementes acusaciones. Apoyándose en esto, me han atacado Meleto, Anito y Licón —Meleto, indignado en nombre de los poetas; Anito, en nombre de los artesanos y de los políticos, y Licón,¹⁶ en nombre de los oradores—, de suerte que, como he dicho en el exordio de este discurso, maravillado quedaría yo si fuera capaz de arrancar de vuestras mentes esta calumnia, que tales dimensiones ha alcanzado, en el breve tiempo de que dispongo. Ahí

16. Orador, acusador de Sócrates, junto con Anito y Meleto.

tenéis, atenienses, la verdad de lo sucedido; os he hablado sin ocultar ni disimular poco ni mucho. Pero casi estoy seguro de que con estas mis palabras me estoy granjeando enemistades, lo cual es precisamente una prueba de que digo verdad, de que está ahí el origen de la calumnia que me han levantado, de que eso es la causa de todo. Y si ahora, o cuando quiera que sea, hacéis una investigación de los hechos, encontraréis que han sido así.

En lo tocante a las acusaciones hechas por mis primeros acusadores, baste lo dicho como defensa ante vosotros. Contra el bueno y patriota Meleto —así se llama él a sí mismo—, y en general contra mis posteriores acusadores, voy a tratar de defenderme a continuación. Consideremos la acusación jurada de los mismos —con ésta son dos las que traigo a colación, como si mis acusadores en sentido jurídico fuesen, a más de éstos, también aquéllos—. Dice así, poco más o menos: «Sócrates delinque: corrompe a los jóvenes; no reconoce a los dioses de la ciudad, y, en cambio, tiene extrañas creencias relacionadas con genios.»¹⁷ Tales son los cargos que se me hacen en dicha acusación; examinémoslos uno por uno. Se me acusa del delito de corrupción de la juventud. Y yo, por mi parte, atenienses, sostengo que Meleto delinque al obrar jocosamente en asuntos muy graves, al convertir a otros en reos de un proceso, simulando ser un hombre afanado y lleno de inquietud por asuntos que jamás le han preocupado ni lo más levemente. Voy a tratar también de demostraros que esto es así.

Ven acá, Meleto, y dime: «¿Verdad que tú concedes una importancia extraordinaria al hecho de que los jóvenes mejoren todo lo posible?» «Sí, por cierto.» «Di, pues, a los jueces quién los hace mejores. Tú lo sabes, evidentemente, ya que te preocupa. Y si has descubierto, como dices, que soy yo el que los corrompe —lo cual te ha inducido a hacerme comparecer ante éstos, y con ese fin has formulado una acusación—, díles ahora, dales

17. Parece que Sócrates da aquí a *SxtfióuTa* sentido de adjetivo («cosas relacionadas con genios») y no el de sustantivo («genios», «dioses»). Jugando, pues, con tal vocablo, *razona* como se ve en 27 b y c.

a conocer quién es el que los hace mejores... ¿Ves, Meleto, cómo callas y no puedes responder? ¿Y no te parece vergonzoso y una prueba fehaciente de lo que acabo de decir, o sea de que no te has preocupado en absoluto de eso? Di, no obstante, amigo mío: ¿quién los hace mejores?» «Las leyes.» «No es eso lo que te pregunto, amigo, sino qué hombre, el cual, sea quien fuere, debe conocer ante todo precisamente eso, las leyes.» «Esos, Sócrates: los jueces.» «¿Cómo dices, Meleto? ¿Pueden éstos instruir a los jóvenes y hacerlos mejores?» «Sin duda alguna.» «¿Todos, o unos sí y otros no?» «Todos.» «¡Bravo! Por Hera que es grande el número de los que, según tú, sirven para tal menester. ¿Y qué me dices de los que asisten al juicio como oyentes? ¿Hacen mejores a los jóvenes o no?» «También ellos.» «¿Y los miembros del Consejo?»¹⁸ «También los miembros del Consejo.»¹⁹ «¿Y qué me dices, Meleto, de los que asisten a la Asamblea popular? ¿Corrompen a los jóvenes? ¿O también todos ellos los hacen mejores?» «También todos ellos.» «Todos los atenienses, en conclusión, según parece, hacen de ellos hombres perfectos. Yo soy la única excepción; yo soy el único que los corrompe, ¿no es eso?» «Sin ningún género de duda.» «Grande es la desgracia que me atribuyes. Mas respóndeme: ¿tienes la misma opinión en lo concerniente a los caballos? ¿Todos los hombres hacen que sean mejores, y es uno solo el que los estropea? ¿O más bien ocurre al revés, es decir, que uno solo, o muy pocos, los llamados caballistas, cumplen esa función, en tanto que la mayoría de los hombres, si andan con caballos y se sirven de ellos, los estropean? ¿No ocurre así, Meleto, no sólo en lo relativo a los caballos, sino a todos los seres vivos?... Tanto si tú y Anito decís que no,

18. Órgano gubernamental ateniense, constituido por quinientos ciudadanos — cincuenta por cada una de las diez tribus —, cuyas principales funciones eran: preparar y dictaminar los proyectos de ley que habían de someterse al voto de la asamblea popular; asegurar el cumplimiento de las leyes que la asamblea le remitía, recibir las cuentas de los magistrados salientes y juzgar a los que fuesen acusados, y, finalmente, disfrutaba de ciertos poderes de orden judicial.

19. En los tiempos de mayor pujanza, dicha asamblea estaba integrada por todos los atenienses mayores de veinte años. Discutía los proyectos de ley presentados por su presidente. Sus facultades eran muy extensas, ya que alcanzaban a todos los asuntos de interés público.

como si asentís, la respuesta ha de ser por entero afirmativa, pues mucha sería la suerte de los jóvenes si una sola persona los corrompiese y todas las demás les reportasen utilidad. Así, pues, Meleto, dejás ver suficientemente que jamás te has preocupado de los jóvenes, y claramente revelas tu propia negligencia, que consiste en no haberte ocupado jamás del asunto que ha motivado mi comparecencia aquí de resultas de una denuncia hecha por ti.

Y ahora dínos, por Zeus, Meleto: ¿qué es mejor, vivir entre ciudadanos buenos o entre ciudadanos malos? Responde, amigo; no es nada difícil lo que te pregunto. ¿Verdad que los malos ocasionan algún daño, hoy, mañana, pasado, a los que tienen más cerca, en tanto que los buenos les deparan algún bien?» «Así es.» «Pues bien: ¿hay alguien que prefiera ser dañado por los que conviven con él a ser favorecido? Responde, amigo mío; la ley ordena responder. ¿Hay alguien que prefiera ser dañado?» «No por cierto.» «Veamos, pues: ¿tú me haces comparecer aquí porque crees que corrompo a los jóvenes y los hago peores voluntaria o involuntariamente?» «Voluntariamente.» «Y bien, Meleto: ¿tal vez tú, que eres tan joven, superas en sabiduría a un hombre de mi edad hasta el extremo de haberte dado cuenta de que los malos producen siempre algún perjuicio a las personas que tienen más cerca y los buenos algún bien, y haber llegado yo a un grado de ignorancia tal que no sepa que si convierto en malvado a alguno de los que conviven conmigo, correré el riesgo de recibir de él algún daño, y que lleve a cabo voluntariamente, como tú dices, una calamidad tan grande? Yo, desde luego, no sigo tu opinión en eso, Meleto, y creo que nadie la sigue; lejos de lo que tú dices, o no los corrompo o, si los corrompo, lo hago involuntariamente, y, por tanto, en ambos casos te equivocas. Ahora bien: si los corrompo involuntariamente, ten en cuenta que la ley no prescribe que se haga comparecer aquí a nadie por faltas de esa índole, sino que se le hable en privado para aleccionarle y amonestarle; en mi caso, una vez bien informado, podré dejar de hacer, evidentemente, aquello que sin querer vengo

haciendo. Pero tú has evitado el conversar conmigo y aleccionarme. No has querido hacerlo, y, en cambio, me traes aquí, adonde, según ley, hay que hacer venir a los que están faltos de castigo y no de enseñanzas.»

Pues bien, atenienses, queda ya claro lo que yo decía: que Meleto no se ha cuidado jamás de esto poco ni mucho. No obstante, veamos. «Dinos, Meleto: ¿por qué sostienes que yo corrompo a los jóvenes? ¿No es verdad que, según la denuncia que presentaste, los corrompo enseñándoles a no creer en los dioses de la ciudad y sí en extraños asuntos de genios? ¿No es cierto que afirman que los corrompo con esas enseñanzas?» «Con toda mi alma eso es lo que digo.» «Pues por esos mismos dioses a los cuales ahora nos referimos, háblanos, Meleto, a esos hombres y a mí, con más claridad. Yo, por mi parte, no puedo saber si dices que enseño a creer en determinados dioses —en ese caso, también yo creo que hay dioses, y no soy en modo alguno ateo ni es mala mi postura por ese lado—, pero no en los de la ciudad, sino en otros, y si tu inculpación queda reducida a eso, a que enseño a reconocer a otros dioses, o si sostienes que yo no creo absolutamente en ninguno y enseño mi incredulidad a los demás.» «Eso es lo que digo, que no crees en los dioses en modo alguno.» «¿Qué quieres decir con eso, chocante Meleto? ¿Que tampoco considero dioses al Sol y a la Luna, como los demás hombres?» «No los considera, ¡por Zeus!, jueces, puesto que dice que el Sol es piedra y la Luna tierra.» «¿Crees que estás acusando a Anaxágoras, querido Meleto? Y, por otra parte, ¿tanto desprecias a éstos? ¿Los consideras tan iletrados como para no saber que los libros del clazomenio Anaxágoras están llenos de estas palabras? ¿Y qué me dices de los jóvenes de Atenas? ¿Aprenden de mí aquellas cosas que pueden conocer adquiriendo un libro por un dracma, todo lo más, en el mercado de libros de la plaza? Y ten en cuenta que si Sócrates fingiese que eran suyas, sólo conseguiría que se riesen de él, sobre todo por ser tan insólitas. Mas dime, por Zeus: ¿tienes de mí esa opinión? ¿No creo en la existencia de ningún dios?» «No, por Zeus, ni en el más pequeño grado.» «No mereces crédito, Meleto. Y, a

mi entender, ni siquiera a ti mismo. Pues creo, atenienses, que éste es un hombre en extremo insolente y sin freno, y que la acusación que ha presentado es un simple fruto de su insolencia, su falta de freno y su juventud. No parece, en efecto, sino que ha preparado una especie de enigma y que, al hacerlo, trata de ver contestada esta pregunta: ¿advertirá ese sabio de Sócrates que estoy chanceándome y que me contradigo, o le engañaré junto con todos los oyentes? Eso es lo que me parece: que se contradice a sí mismo en el texto de la acusación, como si dijera: «Sócrates delinque no creyendo en los dioses, pero creyendo en los dioses.» Y eso es una burla.

Reflexionad conmigo, atenienses, por qué me parece que dice eso. Tú, Meleto, responde, y a vosotros os vuelvo a pedir lo que os pedí al principio, que os acordéis de no hacer manifestaciones desaprobatorias en contra mía, si hablo según mi costumbre. «¿Hay algún hombre, Meleto, que crea que existen cosas humanas, pero no crea en la existencia de los hombres? Que responda, y que deje de alborotar una y otra vez. ¿Hay alguien que no crea que existen caballos, pero crea, en cambio, en las cosas equinas? ¿Y alguien que no crea en la existencia de los flautistas y sí en la de las cosas relativas a ellos? No hay nadie, amigo mío; si tú no quieres responder, yo te lo digo a ti y a éstos que ahí ves. Y ahora respóndeme a esto: ¿existe alguien que crea en asuntos de genios y, en cambio, no crea en genios?» «No.» «¿Qué bien me haces al responder, aunque lo hagas de mala gana, obligado por éstos! Pues bien: tú afirmas que yo creo y enseño cosas de genios, tanto si son extraños como si son conocidos de antiguo. Sea como fuere, el caso es que yo creo en cosas de genios según sus propias palabras, y eso es además lo que con juramento declaraste en la acusación. Ahora bien: si creo en cosas de genios, es del todo forzoso que crea también en genios. ¿No es así? Así es: ya que no contestas, doy por supuesto tu asentimiento. Y ahora dime: ¿no es verdad que tenemos la creencia de que los genios son dioses o hijos de los dioses? ¿Estás de acuerdo o no?» «Sí.» «Pues bien: si yo creo en genios, como

dices, si los genios son dioses, esto significaría aquello que me ha hecho afirmar que tú presentas en son de burla un enigma, o sea el hecho de que digas que yo, al tiempo que no creo en los dioses, creo, en cambio, por otra parte, en los dioses, ya que creo en los genios. Y si los genios son hijos bastardos de los dioses, nacidos de las ninfas o de otras divinidades, como también se dice, ¿qué hombre puede creer que hay hijos de dioses, pero no dioses? Eso estaría tan fuera de lugar como creer que los mulos son hijos de caballos y asnos, pero que no hay caballos ni asnos. Por tanto, Meleto, no es posible que tú hayas hecho la presente acusación sin que ello obedezca a uno de estos dos motivos: a que trates de probarnos del modo referido, o a que no sepas de qué delito verdadero acusarme. Y, por otro lado, no existe ninguna posibilidad de que tú convenzas a algún hombre, por tonto que sea, de que una misma persona puede creer en cosas de genios y en cosas divinas y no creer, en cambio, en genios, dioses ni héroes.

Así, pues, atenienses, no creo que necesite yo una larga defensa para demostrar que no cometo el delito que me atribuye la acusación de Meleto; considero suficiente lo dicho. En cuanto a lo que antes os decía yo, que ha caído sobre mí una gran animosidad y que son muchos los que la han suscitado, podéis estar seguros de que es verdad. Y es eso lo que va a motivar mi condena, si la motiva; no Meleto ni Anito, sino la calumnia y la malevolencia, cosas que, como es sabido, han perdido a otros muchos hombres de bien, y creo que seguirán obrando de igual modo: no se detendrán en mí. Y en verdad que podría tal vez decirme alguien: «¿No te avergüenzas, Sócrates, de haber observado una conducta tal que ahora te pone en peligro de muerte?» A ése yo le replicaría con toda razón: «Estás en un error, amigo mío, si crees que un hombre que valga algo, por poco que sea, ha de pararse a considerar los riesgos de muerte, y no ha de considerar solamente, cuando obra, si lo que hace es justo o no lo es y si es propio de un hombre bueno o de un hombre malo. Según tu modo de pensar, serían unos simples todos los semidioses muertos en Troya, el hijo

de Tetis entre ellos, quien, antes que aceptar una suerte vergonzosa, despreció tanto el peligro, que, cuando ardía en deseos de matar a Héctor, y su madre, que era diosa, le dijo, si mal no recuerdo, estas palabras, poco más o menos:²⁰ «Si vengas, hijo, la muerte de tu amigo Patroclo y matas a Héctor, tú también morirás; tu destino está presto tras la caída de Héctor.» Al oír aquello hizo menosprecio de la muerte y del peligro, y, temiendo mucho más el vivir siendo un cobarde y el no vengar a los amigos: «Muera²¹ yo al punto —replicó— imponiendo castigo de agresor, que no quiero permanecer aquí, junto²² a las cóncavas naves, para ser irrisión de todos, carga vana de la tierra.» ¿Se preocupó, pues, de la muerte y del peligro?» Y es que así debe ser sin duda alguna, atenienses; donde uno se sitúa, por considerarlo mejor o en virtud de la orden de un jefe, allí hay que permanecer, en mi opinión, para afrontar los riesgos del combate, sin pensar en la muerte ni en cosa alguna que no sea la posibilidad de caer en el deshonor.

Pues bien: vergonzosa habría sido mi conducta, atenienses, si yo, que permanecí en el puesto que me asignaron mis jefes y corrí el riesgo de morir, como cualquier otro, obediente a aquellos a quienes vosotros elegisteis para mandarme —ello tuvo lugar en Potidea, Anfípolis y Delio—, cuando el dios me ordenó, según creí y deduje, que viviese dedicado a la filosofía y examinándome a mí mismo y a los demás, hubiese abandonado mi puesto por temor a la muerte o a otra cosa cualquiera. Lamentable hubiese sido tal modo de obrar, y entonces sí que se me habría podido hacer comparecer con razón ante el tribunal. ¿Motivos? El hecho de no creer en los dioses, por no prestar obediencia al oráculo, temer la muerte y creer ser sabio sin serlo. En efecto, temer la muerte no es otra cosa que creer ser sabio sin serlo, pues es lo mismo que creer saber lo que no se sabe: nadie sabe ni siquiera si la muerte es para el hombre el mayor de todos los bienes, y, no obstante, la

20. *Iliada*, XVIII, 96, abreviadamente.

21. *Iliada*, XVIII, 98.

22. *Iliada*, XVIII, 104, citado con aproximación.

temen como si tuvieran la certeza de que sea el mayor de todos los males. Y en verdad, ¿cómo no va a ser una especie censurable de ignorancia la que consiste en creer saber lo que no se sabe? Yo, por mi parte, me diferencio quizá de la mayoría de los hombres —también en este caso— en lo siguiente, y si, como decía, yo afirmase ser más sabio que alguien por algo, sostendría que por ello: yo no conozco de modo satisfactorio lo del Hades, pero confieso no conocerlo. Ahora bien: si sé que el obrar injustamente y el desobedecer a un superior, sea dios, sea hombre, es malo y vergonzoso. Así, pues, a la vista de los males que sé que lo son, no temeré ni rehuiré nunca lo que no sé si son bienes. Y, por ende, ni aun en el caso de que vosotros me absolviéseis, desoyendo a Anito, el hombre que dijo que o yo no debí en modo alguno comparecer aquí o, ya que comparecí, no era posible dejar de condenarme a muerte, y afirmó ante vosotros que si yo salía absuelto, vuestros hijos se dedicarían en adelante a cultivar lo que Sócrates enseña y todos por entero serían víctimas de la corrupción; si, con relación a esto, me dijerais: «Sócrates, no vamos a hacer caso a Anito, sino que te absolvemos, pero con esta condición: con la condición de que dejes esos diálogos examinatórios y ese filosofar; pero si eres sorprendido practicando eso todavía, morirás»; pues bien: si, como decía, me absolvierais con esa condición, yo os respondería: «Agradezco vuestras palabras y os estimo, atenienses, pero obedeceré al dios antes que a vosotros y, mientras tenga aliento y pueda, no cesaré de filosofar, de exhortaros y de hacer demostraciones a todo aquel de vosotros con quien tope con mi modo de hablar acostumbrado», y así, seguiré diciendo: «Hombre de Atenas, la ciudad de más importancia y renombre en lo que atañe a sabiduría y poder, ¿no te avergüenzas de afanarte por aumentar tus riquezas todo lo posible, así como tu fama y honores, y, en cambio, no cuidarte ni inquietarte por la sabiduría y la verdad, y porque tu alma sea lo mejor posible?», y si alguno de vosotros se muestra en desacuerdo conmigo y asegura preocuparse, no le dejaré marcharse al punto ni yo me alejaré, sino que le haré preguntas, le examinaré,

le pediré cuentas, y, si no me parece estar en posesión de la virtud, aunque lo diga, le echaré en cara su poco aprecio de lo que más vale y que estime en más lo que es más vil. Éste será mi modo de obrar con todo aquel con quien yo tope, sea joven o viejo, extranjero o ateniense, pero preferentemente con estos últimos, por cuanto que estáis más cerca de mí por razón de nacimiento. Pues eso es lo que ordena el dios, sabedlo bien; y yo considero que no habéis tenido en la ciudad hasta la fecha un bien mayor que mi labor al servicio del dios. Efectivamente, yendo de acá para allá, no hago otra cosa que tratar de convencerlos, tanto a jóvenes como a viejos, de que no debéis cuidaros de vuestros cuerpos ni de la fortuna antes ni con tanta intensidad como de procurar que vuestra alma sea lo mejor posible: para ello os decía que no nace la virtud de la fortuna y, en cambio, la fortuna y todo lo demás, tanto en el orden privado como en el público, llegan a ser bienes para los hombres por la virtud. Pues bien: si diciendo esto corrompo a los jóvenes, será ello nocivo; pero si alguien sostiene que yo digo algo distinto de esto miente. Y con relación a eso mismo he aquí lo que os diría: «Atenienses: tened presente que yo no puedo obrar de otro modo, ni aunque se me impongan mil penas de muerte; con este pensamiento, haced caso a Anito o no se lo hagáis, absolvedme o no me absolváis.»

No alborotéis, atenienses, sino seguid cumpliendo lo que yo os pedí: que no hiciéseis manifestaciones de desaprobación por lo que yo os diga, sino que os limitaseis a escuchar: en mi opinión, el escuchar os resultará beneficioso. Pues bien: voy a deciros algunas otras cosas que pueden dar lugar a que gritéis; pero no lo hagáis en modo alguno. Podéis estar seguros de que si me condenáis a muerte, siendo yo tal como digo, no me dañaréis a mí más que a vosotros mismos. Ni Meleto ni Anito pueden ocasionarme perjuicio alguno; ni siquiera sería posible, pues no creo que la justicia divina permita que un hombre de superior condición sea dañado por otro de inferior. Podrá tal vez lograr su condena de muerte, su destierro o la pérdida de sus derechos cívicos; mas, por

lo que hace a estas penas, quizá ése u otro cualquiera las considere grandes males, pero no yo, sino que, a mi juicio, es un mal mucho mayor lo que hace éste, tratar de que se dé injusta muerte a un hombre. Por tanto, atenienses, estoy ahora muy lejos de defenderme en interés mío, como podría creerse; lo hago en interés vuestro, para evitar que, condenándome, cometáis un yerro en relación con lo que el dios os ha dado,²³ porque si me matáis no encontraréis fácilmente otro hombre como yo, un hombre, por así decirlo, aunque el símil sea un tanto irrisorio, a quien el dios ha puesto al cuidado de la ciudad, como si ésta fuera un caballo grande y de buena raza, pero tardo a causa de su elevada talla y falto de ser agujoneado por una especie de tábano, papel que con respecto a la ciudad, según me parece, el dios me ha asignado a mí, que no ceso en absoluto durante el día entero de agujonearos, tratar de convencerlos y hacerlos reproches, sentándome a conversar con vosotros dondequiera que sea. De otro como yo no dispondréis fácilmente, y, en cambio, si hacéis caso de mis razones, me conservaréis: supongamos que vosotros, enojados como los que, adormecidos, son despertados, me dais un golpe y me matáis, es decir, seguís el parecer de Anito; en ese caso, pasaríais el resto de vuestra vida durmiendo, a no ser que el dios, preocupado por vosotros, os enviase algún otro. Que hay una perfecta armonía entre mi conducta y el hecho de haber sido entregado a la ciudad por el dios, podéis conocerlo por esto: no cuadra bien a cosa humana el que yo no me haya cuidado de ninguno de mis intereses y haya permanecido indiferente durante tantos años ante el descuido de todo lo de mi casa, y, en cambio, haya trabajado siempre en interés vuestro, acercándome en privado a cada uno de vosotros, como un padre o un hermano mayor, para tratar de moverlos a prestar atención a la virtud. Y si yo hubiese obtenido de esto algún provecho y os hubiese dado estos consejos a cambio de una paga, habría tenido alguna razón personal para obrar así; pero la verdad es que también vosotros

23. Es decir, conmigo.

estáis viendo que, a pesar de que mis denunciadores han llevado a cabo su acusación de modo tan desvergonzado en todo lo demás, no han sido capaces de cometer la desvergüenza de presentar un testigo que alegase que yo en alguna ocasión he recibido dinero de alguien o le he pedido. Y de que esto es así presento un testigo que considero fehaciente: mi pobreza.

Ahora bien: tal vez parezca chocante el hecho de que yo, como es sabido, vaya por doquier aconsejando en privado del modo referido y metiéndome en cosas ajenas, y, en cambio, no me atreva a subir ante vuestra Asamblea para aconsejar públicamente a la ciudad. Mas la causa de ello es lo que muchas veces me habéis oído decir en muchos lugares, que sobre mí siento la influencia de algún dios y de algún genio —a lo cual como oísteis, aludió Meleto en su jocosa acusación—: se trata de una voz que comenzó a mostrármeme en mi infancia, la cual, siempre que se deja oír, trata de apartarme de aquello que quiero hacer y nunca me incita hacia ello. Eso es lo que se opone a que yo me dedique a la política, y me parece que se opone con sobrada razón. Podéis estar seguros, atenienses, de que si yo me hubiese puesto hace tiempo a intervenir en la política, tiempo ha que se me habría dado muerte, y ni a vosotros ni a mí mismo habría sido útil en cosa alguna. Y no os enojéis conmigo, que lo que os digo es la pura verdad. Pues no podrá salvarse ningún hombre a quien su nobleza de corazón mueva a enfrentarse a vosotros o a cualquier otra muchedumbre y a tratar de impedir que tengan lugar en la ciudad muchas secciones inicuas e ilegales, y, lejos de eso, necesario será que el que quiera verdaderamente luchar en defensa de lo justo, si pretende sobrevivir algún tiempo, por poco que sea, actúe en privado y no en público.

Pruebas poderosas voy a daros de esto, no palabras, sino lo que vosotros preferís, hechos. Escuchad, pues, lo que a mí me ha sucedido, a fin de que sepáis que yo no puedo ceder ante nadie por temor a la muerte en contra de la justicia, y que soy capaz de morir antes que ceder. Os voy a contar cosas importunas y prolijas, pero verdaderas. Mirad, atenienses: el único cargo público desem-

peñado por mí fue el de miembro del Consejo, y ejercía la «pritanía»²⁴ nuestra tribu Antióquide, cuando vosotros quisisteis que se juzgase conjuntamente a los diez generales que no recogieron a los caídos en la batalla que sabéis,²⁵ modo de juzgar contrario a las leyes, como; posteriormente todos considerasteis. En aquella ocasión yo fui el único de los pritanos que se opuso a que procedieseis en desacuerdo con las leyes y el único que votó en contra vuestra. Pese a que los políticos estaban dispuestos puestos a presentar denuncia contra mí y conducirme ante los jueces correspondientes, y a que vosotros los animabais a ello gritando, yo estimé que debía correr aquel riesgo sin apartarme de la ley y de lo justo antes que, por temor a la prisión o a la muerte, ponerme de vuestro lado en ocasión en que vuestros proyectos no estaban de acuerdo con la justicia. Ocurrió esto cuando la ciudad estaba aún gobernada por el régimen democrático. Cuando se instauró el régimen oligárquico, los Treinta,²⁶ a su vez,²⁷ me mandaron llamar junto con otros cuatro a la Rotonda²⁷ y nos ordenaron traer de Salamina

24. La décima parte del Consejo, o sea los cincuenta miembros correspondientes a un distrito, constituían una junta administrativa (pritanos) que, alternando en el poder según el orden indicado por sorteo, actuaban durante una pritanía (de treinta y cinco a treinta y seis días en el año común y de treinta y ocho a treinta y nueve en el año bisiesto). Cada día la suerte decidía entre ellos el que había de ser prefecto quien, en su calidad de magistrado supremo, custodiaba durante veinticuatro horas el sello del Estado y las llaves del archivo y de los santuarios, donde estaban depositados los documentos y los tesoros de la ciudad. Este jefe del Gobierno y la tercera parte de los pritanos no podían ausentarse del local oficial. Los pritanos cuidaban de los asuntos políticos en trámite, recibían a los heraldos y a los embajadores y convocaban las reuniones plenarias del Consejo y las sesiones de la Asamblea popular.

25. Batalla naval de las Arginusas (-406). A pesar de haber salido victorioso los generales atenienses que tomaron parte en ella, fueron procesados y condenados.

26. Derrotados los atenienses en la batalla naval de Egos-Pótamos, Lisandro, el general espartano vencedor, sitió a Atenas, la tomó, arrasó sus murallas e incendió sus naves; después abolió el gobierno democrático e impuso el de treinta oligarcas, para apoyar a los cuales dejó un «harmosta» con las fuerzas precisas. Entre los Treinta estaban Critias y Terámenes. Fueron tales las arbitrariedades y crímenes de estos gobernantes, que quedaron para siempre manchados con el calificativo de «Treinta tiranos». Los derrocó Trasíbulo.

27. La Rotonda era un edificio circular con bóveda. No podían ausentarse de allí (véase nota 24) ni el presidente de los pritanos ni la tercera parte de los mismos, y allí hacían sus comidas en común.

A León el salaminio, para su ejecución; esta orden fue una de las muchas dadas por aquéllos a muchos ciudadanos con la intención de propagar las responsabilidades entre el mayor número posible de atenienses. Entonces demostré nuevamente de hecho —no de palabra— que la muerte no me importa, y perdóneseme la expresión, un comino, y que todo mi interés está en no cometer ninguna acción injusta ni impía. En efecto, aquellos gobernantes, pese a la violencia con que solían actuar, no me intimidaron, no me movieron a llevar a cabo un acto injusto; lejos de eso, cuando salimos de la Rotonda, los otros cuatro marcharon a Salamina y trajeron a León, en tanto que yo me dirigía a mi casa, y tal vez por eso habría sucumbido yo si aquel gobierno no hubiese sido derrocado poco después. De estos hechos darán fe ante vosotros muchos testigos.

¿Creéis, pues, que yo habría vivido tantos años si me hubiese dedicado a la política; si, atendiendo a ella como corresponde a un hombre bueno, hubiese acudido en ayuda de lo justo, y hubiese tenido esto, como es debido, en mi mayor estima? Ni mucho menos, atenienses. Ni ningún otro hombre. Yo, por mi parte, si se analiza lo que a través de toda mi vida —poco, ciertamente— he hecho en el terreno público, como si se atiende a lo privado, apareceré el mismo: un hombre que jamás transigió con nadie en nada que fuese contrario a justicia; ni con ninguno de aquellos que, según los que tratan de calumniarme, son mis discípulos, ni con nadie. Pero yo jamás fui maestro de persona alguna, sino que cuando alguien, sea joven, sea viejo, desea oírme hablar o presenciar mi modo de comportarme, nunca pongo obstáculos, ni tampoco soy persona de converse mediante estipendio y se niegue a dialogar sin él, ya que lejos de eso, me pongo a disposición de todos, del rico como del pobre, para que me pregunten y para que todo el que quiera escuche lo que digo al responder. Y no se me puede imputar en buena ley el que cualquiera de ellos se haga bueno o se haga malo, ya que a ninguno prometí ni enseñé jamás disciplina alguna; y si alguien dice que ha aprendido de mí en alguna ocasión o que me ha oído

decir a solas algo que no hayan oído también los demás, podéis estar seguros de que no dice verdad.

¿Cuál es, pues, la razón por la cual gustan algunos de pasar mucho tiempo en mi compañía? Acabáis de oír, atenienses, de mis labios, toda la verdad; es decir, que escuchando lo pasan bien con el examen a que son sometidos los que creen ser sabios sin serlo; y en verdad que la cosa no es desagradable. Este cometido, repito, me ha sido impuesto por la divinidad por medio de oráculos, sueños y por todos los procedimientos de que la voluntad divina se ha valido hasta la fecha para ordenar a un hombre que lleve a cabo cualquier cosa. Y no sólo es verdad lo que os digo acerca de la actividad que ha ocupado mi tiempo, sino además fácilmente demostrable. En efecto, si, como dicen mis acusadores, yo estoy corrompiendo a una parte de los jóvenes, y a los restantes los he corrompido ya, será forzoso, creo yo, que si han advertido algunos de ellos, ya con más edad, que yo les di en alguna ocasión, cuando eran jóvenes, algún mal consejo, suban ahora a la tribuna y me acusen y se venguen. Ahora bien: en caso de no querer hacerlo ellos mismos, sí será forzoso que se acuerden ahora y traten de vengarse algunos de los parientes de aquéllos, los padres, los hermanos, etcétera, si realmente sufrieron algún daño por causa mía. Pero no es así. Presentes están aquí muchos de ellos; los estoy viendo. En primer lugar, ahí tenéis a Critón, de mi misma edad y del mismo distrito que yo, padre de Critóbulo, también presente; seguidamente, mirad a Lisánias, del distrito de Esfeto, padre de Esquines, a quien tenéis ahí también; y ved a Antifonte, del distrito de Cefisia, padre de Epígenes, y a esos otros cuyos hermanos han estado presentes en las conversaciones aludidas: Nicóstrato, hijo de Teozótides, hermano de Teódoto —Teódoto murió y, por tanto, no puede pedir a aquel que no me acuse—; Paralio, hijo de Demódoco, del cual era hermano Téages; Adimanto, hijo de Aristón, del cual es hermano Platón, ahí presente, y Ayantodoro, del cual es hermano Apolodoro, ahí presente. Y a otros muchos puedo yo citaros, y mejor que a nadie Meleto debió presentar como testigo al pro-

nunciar su discurso a alguno de entre todos éstos, y si entonces se le olvidó, que lo haga ahora (yo se lo concedo) y que diga el testigo si puede corroborar en algún punto la afirmación acusatoria. Pero encontraréis todo lo contrario de esto, es decir, que todos están dispuestos a salir en mi defensa, en defensa del corruptor, del hombre que ha dañado a sus parientes, como sostienen Meleto y Anito. Pues, en efecto, los corrompidos mismos podrían tener motivos para auxiliarme, mas ¿qué razón podrían tener para hacerlo los no corrompidos, hombres ya de edad, los parientes de aquéllos, a no ser la recta y justa razón de saber que Meleto miente y yo digo la verdad?

Bien, pues, atenienses: las razones que yo puedo alegar en mi defensa son éstas, en suma, y acaso otras semejantes. Tal vez alguno de vosotros se indigne al acordarse de sí mismo si, en tanto que él, envuelto en un proceso de menor importancia que éste, rogó y suplicó a los jueces con abundantes lágrimas, no sin haber hecho comparecer a sus hijos, para inspirar la mayor compasión posible, y a muchos de sus familiares y amigos, yo, en cambio, como veis, no voy a hacer nada de eso, a pesar de que corro, según parece, el mayor peligro.

Es probable, pues, que alguno al pensar esto, se endurezca hacia mí y que, irritado por eso mismo, emita su voto en estado de cólera. Pues bien: si en alguno de vosotros se da esa circunstancia —no aseguro que se dé, pero admitamos esa posibilidad—, me parece que yo le contestaría cabalmente diciéndole: «Amigo mío, yo también tengo algunos familiares; también es válido para mí aquello que dice Homero, y «ni de una encina ni de una roca he nacido»,²⁸ sino de seres humanos, de suerte que tengo parientes, y hasta hijos, ¡oh atenienses!, tres, uno ya mozaibete y dos pequeños; pero no obstante, a ninguno de ellos he hecho comparecer aquí para pedir que votéis en favor mío.» ¿Y por qué no voy a hacer nada de eso? No por presunción, atenienses, ni por desprecio hacia vosotros. Omitamos por otra parte, la considera-

28. *Odisea*, XIX, 163.

ción de si me encuentro animoso ante la muerte o no; mas, sea ello como fuere, por lo que hace a la fama —la mía, la vuestra y la de la ciudad entera—, no me parece decoroso que yo haga nada de lo referente, tanto por la edad que tengo como por el juicio que acerca de mí hay formado, el cual será verdadero o falso, pero lo cierto es que, según la opinión general, Sócrates se diferencia en algo de la mayoría de los hombres. Si aquellos de vosotros que tienen fama de sobresalir en sabiduría, valor o en cualquier otra cosa meritoria se comportasen así, sería vergonzoso. Yo, desde luego, he visto más de una vez escenas de ese tipo en juicios: hombres que pasaban por ser de cierto temple observaban una conducta sorprendente; no parecía sino que pensaban que iban a sufrir algún terrible mal, si morían, y que, en caso de que no los condenaseis a muerte, serían inmortales. Esos me parece que ocasionan a la ciudad una deshonra: cualquier extranjero puede creer que los atenienses que sobresalen por sus méritos, aquellos a quienes sus conciudadanos prefieren a la hora de elegir a los magistrados que los han de gobernar o a quienes han de alcanzar honores, no se diferencian en nada de las mujeres. No adoptéis, atenienses, los que gozáis de algún renombre en lo que quiera que fuere, esa actitud suplicante cuando seáis juzgados, y cuando, como ahora, seáis jueces, si los acusados obramos así, no debéis permitirlo, sino hacer ver que estáis mucho más dispuestos a votar en contra del que pone en escena tales dramas y deja en ridículo a la ciudad que del que sabe contenerse.

Y, dejando a un lado la consideración del buen nombre, tampoco me parece justo suplicar al juez ni salir absuelto merced a las súplicas, sino dar explicaciones y tratar de convencer. Pues el juez no asiste a los procesados para sacrificar la justicia al deseo de complacer, sino para juzgar lo que está en litigio, y no se ha comprometido mediante juramento a agradar a aquellos a quienes le parezca bien, sino a pronunciar sentencia con arreglo a las leyes. Por tanto, ni nosotros debemos acostumbrarnos a ser perjuros ni vosotros debéis acostumbraros a ello, pues ni unos ni otros obraríamos piadosamente. Y,

por todo lo dicho, no esperéis que yo me comporte ante vosotros de un modo que no considero ni justo ni piadoso, y mucho menos, ¡por Zeus!, en ocasión en que pesa sobre mí una acusación de impiedad, formulada por Meleto, ahí presente. Pues si yo, en vez de tratar de persuadirlos, pretendiese forzarlos por medio de súplicas, a despecho de los juramentos que habéis hecho, en ese caso os enseñaría a no creer en la existencia de los dioses, y mi discurso de defensa sería pura y simplemente una acusación contra mí mismo de no creer en los dioses, lo cual está muy lejos de ser verdad, pues creo en ellos, atenienses, como ninguno de mis acusadores, y a vosotros y a la divinidad me encomiendo para que resolváis acerca de mí como haya de ser mejor para mí y para vosotros.

.....

A que no me enoje, atenienses, por lo ocurrido, por haber sido condenado por vosotros, contribuye, entre otras muchas razones, el hecho de que la cosa no me haya sobrevenido de forma inesperada; mucho más que eso me extraña el número de votos de una y otra parte. En efecto, no creía yo que iba a ser tan pequeña la diferencia, sino que sería grande; mas la verdad es que, con sólo treinta votos que se hubiesen cambiado, yo habría sido absuelto.²⁹ Así pues, me parece que he salido absuelto de la acusación de Meleto, y no sólo eso, sino que cualquiera puede ver que si Anito y Licón no hubiesen comparecido para acusarme, incluso hubiese tenido que pagar la multa de mil dracmas por no haber alcanzado la quinta parte de los votos.³⁰

Pasemos a otra cuestión. Ese hombre propone contra

29. A favor de Sócrates votaron 220 jueces y 281 en contra. Si treinta de los últimos hubiesen cambiado de opinión, o, más exactamente treinta y uno, habría quedado absuelto.

30. Sócrates reparte jocosamente el total de los votos condenatorios entre los tres acusadores y por partes iguales, con lo cual sale una cifra menor de 100 para Meleto, por ejemplo, o sea menos de la quinta parte del número de votantes. Por debajo de esa quinta parte, el acusador estaba obligado a pagar la multa a que alude Sócrates. Pero, claro está, al ser varios los acusadores, no había que repartir los votos entre todos ellos, sino que el total de votos condenatorios era lo que había que tener en cuenta.

mí la pena de muerte. Bien. Y yo, por mi parte, ¿qué pena voy a proponeros para mí? ¿Verdad que debo sugerir aquella que merezco? Pues bien: ¿qué castigo debo sufrir o qué multa pagar por no haber tenido en la vida punto de reposo, por haberme despreocupado de aquello que constituye la preocupación de la mayor parte de los hombres, las ganancias, el gobierno de la casa, el generalato, los discursos ante el pueblo, todos los cargos públicos, las conjuraciones y las disensiones que en la ciudad vienen teniendo lugar, por haber creído que yo era demasiado honrado para conservar la vida, si me dedicaba a esas actividades, por no haber ido a aquellos lugares en los que no había de reportar utilidad alguna ni a vosotros ni a mí mismo, y haber acudido a donde os podía ocasionar los mayores beneficios, como ya os he dicho, de manera privada; por haberme esforzado por convencer a cada uno de vosotros de que no debía cuidarse de ninguna de sus cosas antes que de procurar ser lo mejor y lo más prudente posible, ni de las cosas de la ciudad antes que de la propia ciudad, y así sucesivamente? ¿Qué merezco que me ocurra, habiendo sido así? Algún bien, atenienses, al menos si en verdad hay que hacer la estimación con arreglo a los merecimientos. Y lo que es más, un bien de tal naturaleza que cuadre a mi persona. ¿Y qué premio cuadra a un hombre pobre, a un bienhechor de la ciudad, que se ha visto obligado a desatender sus intereses personales para dedicarse a instruirlos? No hay cosa más adecuada, atenienses, que mantener a un hombre así en el Pritaneo,³¹ con mucha más razón que si alguno de vosotros ha resultado vencedor en Olimpia³² en las carreras de caballos, en las de carros tirados por una pareja de corceles o en la de cuadrigas. Pues ése hace que vosotros creáis ser felices, y yo que lo seáis; él no tiene necesidad de manutención,³³ y yo sí. En

31. Edificio del Estado, en el cual eran mantenidos a expensas del mismo determinados ciudadanos; verbigracia, los que vencían en los certámenes deportivos de Olimpia.

32. Ciudad de la región de Elide, célebre por los juegos panhelénicos, que tenían lugar cada cuatro años.

33. Los deportistas pertenecían a familias acomodadas.

resumen, pues, si debo estimar de acuerdo con la justicia la pena que merezco, ésa es mi estimación: la manutención en el Pritaneo.

Es probable que, al decir yo esto, forméis la misma opinión que tal vez concebisteis cuando hablaba acerca de la compasión y de la súplica, es decir, que es arrogante mi comportamiento; pero la realidad no es ésa, sino más bien como os voy a decir. Yo estoy convencido de que no causo perjuicio voluntariamente a ningún hombre, pero no os dejo convencidos a vosotros de ello, pues es poco el tiempo que llevamos conversando. Si, contrariamente, tuvieseis vosotros una ley, como la tienen otros hombres, que en los casos en que está en juego la pena capital prescribiese que el juicio durase, no un solo día, sino muchos, yo creo que quedaríais persuadidos; pero, dadas las circunstancias presentes, no es fácil rechazar graves cargos en breve tiempo.

Persuadido, pues, de que a nadie hago daño, ni mucho menos voy a hacérmelo a mí mismo diciendo que merezco algún mal y proponiendo para mí una tal cosa. ¿Qué temor podría moverme a eso? ¿Tal vez el de sufrir aquello que Meleto sugiere contra mí, una cosa que, os la repito, no sé si es un bien o es un mal? ¿Debo preferir a eso alguna de las cosas que sí sé que son males, proponiéndola como castigo para mí? ¿Tal vez la cárcel? Pero ¿qué necesidad tengo yo de vivir en la cárcel, sometido invariablemente a los magistrados de turno, a los Once³⁴ de cada año? ¿O, tal vez, deberé proponer una multa y quedar encarcelado hasta que pague la última moneda? Pero estamos en lo mismo, pues no cuento con ningún dinero con que pagar. ¿Propondré, entonces, el destierro? Pues seguramente me condenaríais a eso. Pero muy grande en verdad sería, atenienses, mi apego a la vida si fuera tan ciego que no pudiera advertir que si vosotros, que sois conciudadanos míos, no fuisteis capaces de soportar mis conversaciones y mis argumentaciones, sino que os han resultado pesadas y odiosas hasta el

34. Era un organismo compuesto de diez miembros, más un escribano. Entre otras funciones, les estaba reservada la inspección de las prisiones. Se efectuaba cada año la renovación de estos funcionarios.

extremo de tratar ahora de libraros de ellas, ¿cómo otros hombres las van a soportar fácilmente? Claro está que no las soportarían, atenienses. Y bonita vida sería la mía, saliendo a mis años de Atenas, yendo de ciudad en ciudad y arrojado de todas partes. Bien sé que allí adonde vaya me escucharán los jóvenes, al igual que aquí, cuando hable, y si los alejo de mi presencia, ellos mismos me expulsarán de la ciudad, ganándose para ello la voluntad de los de más edad, mientras que si no los alejo, sus padres y, en general, sus parientes, mirando por ellos, me expulsarán.

Ahora bien, se me podría objetar tal vez: «¿Y callando y renunciando a tu ocupación habitual no podrás vivir en el destierro?» He aquí la cosa que encierra mayor dificultad a efectos de convencer a algunos de vosotros. Porque si digo que eso es desobedecer al dios y que por esa razón es imposible renunciar a esa actividad, no me creeréis, por considerar que se trata de una evasiva mía; si afirmo que el mayor bien para el hombre consiste en hablar día tras día acerca de la virtud y acerca de las restantes cuestiones con relación a las cuales me oís discurrir y examinarme a mí mismo y a los demás, y que, en cambio, la vida sin tal género de examen no merece ser vivida, eso me lo creeréis todavía menos. Pero una y otra cosa son como os las digo, aunque no sea fácil convencerlos de su veracidad. Por otra parte, no estoy acostumbrado a considerarme merecedor de ningún mal. Y por lo que toca al pago de una multa, si yo tuviera dinero, propondría el desembolso de aquella cantidad que me encontrase en condiciones de abonar, pues ello no me ocasionaría ningún daño; pero la verdad es que no es posible, a no ser que vosotros me aceptéis la propuesta de pagar la pequeñísima cantidad de que yo podría desprenderme. Tal vez podría entregaros una mina de plata. Y, de acuerdo con esto, sugiero esa multa. Ahora bien: Platón, Critón, Critóbulo y Apolodoro, asistentes a este proceso, me instan a proponer una multa de treinta minas, y se ofrecen a salir fiadores; de acuerdo con eso sugiero tal pena, y éstos, personas solventes, saldrán fiadores ante vosotros.

Por no querer esperar un espacio de tiempo no largo,³⁵ vais a ganar mala fama y ser objeto de inculpación: los que quieren injuriar a la ciudad dirán que sois los matadores de Sócrates, un hombre sabio, pues, naturalmente, me llamarán sabio, aunque no lo sea, los que quieren haceros reproches. Quiero decir que si hubieseis aguardado un breve tiempo, este mismo resultado habría llegado por sí solo a vuestras manos: viendo estáis que mis años están ya lejos de la vida y cerca de la muerte. Al hablar así, no me dirijo a todos vosotros, sino a los que han votado contra mí la muerte. Y a éstos dígoles lo siguiente:

Tal vez penséis, atenienses, que he sido condenado por falta de discursos del tipo de aquellos con que yo os hubiera convencido, si hubiese considerado necesario recurrir a todo, decirlo todo, con tal de escapar del castigo. Nada más lejos de la realidad. Si he sido condenado por cierta carencia, pero no de discursos, sino de atrevimiento y desvergüenza y de querer expresarme ante vosotros del modo que más sería de vuestro gusto, lamentándome y llorando y haciendo y diciendo muchas cosas indignas de mí, como os he dicho, del jaez de las que, como es sabido, estáis acostumbrados a oír a los demás. Pero ni entonces consideré conveniente hacer por miedo al peligro nada que fuese bajo, ni ahora me arrepiento de haberme defendido así, sino que mil veces prefiero morir habiéndome defendido de este modo, que vivir, si me hubiese defendido de aquella otra manera, pues ni en el proceso ni en la guerra debo yo, ni otro alguno, buscar el modo de rehuir la muerte apelando a cualquier medio. Por cierto que muchas veces en las batallas se hace evidente que podría uno escapar de la muerte deponiendo las armas y recurriendo a suplicar a los perseguidores, y hay otros recursos en cada clase de peligros para evitar la muerte, si uno se resigna a hacer y

35. Sócrates ha sido condenado a muerte de acuerdo con la propuesta de los acusadores. Para la determinación de la pena, el Tribunal debía elegir la sugerida por el acusador o la propuesta por el acusado, pero en modo alguno inclinarse por un castigo intermedio. Escogieron la pena de muerte 360 votos; 141 aceptaron la estimación de Sócrates.

decir lo que sea. Y mucho me temo que no sea esto lo difícil, atenienses, rehuir la muerte, sino que resulte mucho más difícil escapar de la maldad, que es cosa que corre más ligera que la muerte. Y ahora yo, por ser lento y anciano, he sido alcanzado por la más lenta, mientras que mis acusadores, fuertes y rápidos, han sido atrapados por la más ligera, la maldad. Y así como yo ahora partiré de aquí condenado por vosotros a la pena de muerte, éstos marcharán acusados por la verdad de maldad e injusticia. Yo quedaré sujeto a la pena que se me ha impuesto y ellos a la suya. Tal vez era preciso que ello sucediera así, y creo que está bastante bien.

Y a continuación, hombres que me habéis condenado, quiero haceros una profecía; no en balde me encuentro ahora en aquella situación en que más profetizan los hombres, es decir, cuando tienen la muerte próxima. Yo os aseguro, hombres que me habéis condenado a la última pena, que inmediatamente después de mi muerte os llegará un castigo mucho más duro, ¡por Zeus!, que el que me habéis infligido con vuestra condena. Habéis hecho esto ahora en la idea de que os veréis libres de rendir cuentas de vuestra vida, pero os sobrevendrá, según creo, todo lo contrario: serán más los que en adelante os pidan cuentas (yo era quien los contenía, aunque no lo advertíais), y serán más molestos, por cuanto que son más jóvenes, y vuestro enfado será mayor. Si creéis que dando muerte a hombres vais a impedir que se os eche en cara que no vivís rectamente, discurrís mal; tal género de liberación ni es en absoluto posible ni hermoso, y la más bella y asequible es la que consiste, no en causar quebranto a los demás, sino en ponerse uno mismo en condiciones de ser lo mejor posible. Éste es el vaticinio que, al partir, os hago a los que habéis votado en contra mía.

Y ahora me gustaría conversar con los que me habéis absuelto en relación con lo que aquí ha tenido lugar, mientras los magistrados están ocupados³⁶ y me llega el

36. Se trata, sin duda, de las formalidades exigidas para la notificación de la sentencia a los funcionarios encargados de asegurar su ejecución.

momento de partir hacia el lugar donde tengo que morir. Ea, pues, permaneced ese tiempo, que nada impide que conversemos mientras es posible. Os considero amigos y quiero manifestaros qué es lo que hace pensar lo que me acaba de sobrevenir. Me ha ocurrido, jueces³⁷ —al llamaros jueces a vosotros, lo hago con toda propiedad—, algo notable. Mi oráculo habitual, el de mi genio, en todo el tiempo anterior a este día se me manifestaba con gran frecuencia, aun en cosas de muy poca monta, siempre que iba yo a caer en algo inconveniente. Me acaba de sobrevenir lo que habéis visto, aquello que todo el mundo, según parece, suele considerar como la peor de las desgracias. No obstante, ni al salir hoy temprano de casa, ni cuando subía aquí, al tribunal, ni en momento alguno de mi discurso, al ir a decir lo que quiera que fuese, se me opuso la señal del dios.

En muchos pasajes de otros discursos, según hablaba, dicha señal me hizo detenerme; pero ahora no se me ha opuesto en ningún momento de esta coyuntura, ni en hecho ni en palabra alguna. Pues bien: ¿cuál es la causa de esto, según mi opinión? He aquí lo que pienso: es posible que lo que me ha ocurrido sea un bien, y en modo alguno discurrimos rectamente cuantos consideramos que el morir es un mal. Decisiva es la prueba que de esto me ha venido a las mientes: en modo alguno habría dejado de oponérseme la señal de costumbre si no hubiese sido algún bien lo que me iba a ocurrir.

Y ahora veamos con el siguiente razonamiento cómo cabe esperar fundadamente que lo sucedido sea un bien. La muerte es una de estas dos cosas: o es como no ser nada y no tener ninguna sensación de cosa alguna, o, de acuerdo con lo que se dice, es un cambio y una migración del alma de este lugar a otro. Si no existe sensación alguna, sino que es como el sueño del hombre que, dormido, no sueña en absoluto nada, admirable ganancia sería la muerte.

Yo pienso que si alguien, fijando su atención en aque-

37. Nótese cómo es la primera vez que vemos esta palabra en boca de Sócrates a lo largo de todo el discurso.

lia noche en que durmió de suerte que no tuvo ningún sueño y comparando todas las restantes noches y los días de su vida con esa noche, tuviese que decir, hecha la reflexión necesaria, cuántos días y cuántas noches ha pasado en su vida mejor y más a gusto que dicha noche, aunque fuese, no un simple particular, sino el propio rey de Persia, encontraría muy pocos días y muy pocas noches en comparación con los restantes y las restantes de su vida. Pues bien: si la muerte es así, yo afirmo que es una ganancia, pues en tal caso todo el tiempo no es, evidentemente, mayor en modo alguno que una sola noche. Si, por el contrario, la muerte significa un viaje de aquí a otro lugar, y es verdad lo que se dice, que allí están todos los muertos, ¿qué bien puede haber mayor que éste, jueces?

Si vamos a la morada de Hades³⁸ y, libres ya de estos que afirman ser jueces, encontramos a los verdaderos jueces (los cuales, según se dice, ejercen también allí sus funciones), a Minos, Radamanto, Eaco, Triptólemo y todos los semidioses que fueron justos en vida, ¿será acaso mala la estancia en ese lugar? ¡Cuánto no daría cualquiera de vosotros por estar en compañía de Orfeo, Museo, Hesíodo y Homero! Yo, por mi parte, morir quiero mil veces, si eso es verdad, pues sobre todo para mí sería maravillosa la estancia allí: cuando encontrase a Palamedes, a Ayante, hijo de Telamón, y, en general, a todos los antiguos que murieron a consecuencia de un fallo injusto, y comparase mi suerte con la de ellos, la cosa no sería desagradable, según creo. Y he aquí lo que sería más importante: el dedicarse a examinar y sondear a los de allí, como he hecho con los de aquí, para ver cuál de ellos es sabio y cuál cree serlo, pero no lo es. ¡Y cuánto no daría cualquiera, jueces, por hacer preguntas al que condujo contra Troya³⁹ aquel numeroso ejército, o a Ulises, o a Sísifo, o a otros innumerables hombres o mujeres que podrían citarse, si consideramos que conversar allí con ellos, estar en su compañía e interrogarlos

sería el colmo de la felicidad! Desde luego supongo que no matan los de allí por ese motivo. Los del Hades, en efecto, son más felices que los de aquí, entre otras razones, por el hecho de ser inmortales ya para siempre, al menos si es realmente cierto lo que se dice.

Así pues, también vosotros, ¡oh jueces!, debéis tener buenas esperanzas ante la muerte y pensar que hay una cosa cierta, y es que al hombre bueno no alcanza ningún daño, ni en la vida ni en la muerte, y que sus asuntos no son descuidados por los dioses. Tampoco este desenlace mío de ahora ha sobrevenido de manera casual; lejos de eso, yo veo claro que el morir ya y quedar libre de trabajos era mejor para mí. Esa es la razón por la cual en ningún momento me disuadió la señal y por la cual yo, por mi parte, no estoy en absoluto irritado contra los que han votado en contra mía ni contra mis acusadores. Ahora bien: si votaron desfavorablemente y me acusaron, no lo hicieron con esa intención, sino con la de causarme un perjuicio, y eso sí es justo echárselo en cara. Y ahora he aquí lo único que les pido: cuando mis hijos lleguen a la mayoría de edad, castigadlos afligiéndoles del mismo modo que yo os afligía: si os parece que se cuidan de la riqueza o de alguna otra cosa antes que de la virtud, y si creen ser algo no siendo nada, reprochádselo como yo os los reprochaba, diciéndoles que no se cuidan de lo que deben y que creen ser algo a pesar de no valer nada. Si obráis así, tanto yo como mis hijos habremos recibido de vuestras manos una justa merced. Y no digo más, porque es hora de partir; yo he de marchar a morir, y vosotros a vivir. ¿Sois vosotros, o soy yo quien va a una situación mejor? Eso es oscuro para cualquiera, salvo para la divinidad.

38. Hades o Plutón es el dios de los muertos.

39. Agamenón.

CRITÓN
o
DEL DEBER

P R E Á M B U L O

1. *Entre el proceso de Sócrates¹ y el cumplimiento de la sentencia transcurrió un mes aproximadamente. Había que aguardar el regreso de la nave que había partido hacia Délos para festejar a Apolo, la nave que todos los años, de acuerdo con una antigua promesa, realizaba ese viaje. Mientras duraba éste no podía ejecutarse en Atenas ninguna sentencia de esta índole.*

Sócrates habría podido ausentarse de Atenas y librarse de comparecer ante el tribunal, pero no lo hizo. Si en el proceso hubiese actuado de otro modo, no habría sido condenado a muerte. Ahora sólo cabía la posibilidad de una evasión. Dispuestos estaban sus discípulos y amigos, hombres acaudalados algunos de ellos, a emplear el dinero que hiciese falta para comprar la complicidad de otros y para hacer frente al chantaje de los sicofantas. Todo se mostraba propicio. ¡Cuántas veces durante esos treinta angustiosos días no tratarían de doblegar la firmeza del maestro y amigo! ¡Cuántas razones no esgrimirían para lograr que se aviniese a escapar de la prisión y marchar a otra ciudad! No puede haber duda sobre la historicidad de este diálogo, al menos en lo sustancial del mismo. Sin duda Critón, de la misma edad y del mismo demo que Sócrates, era su más entrañable amigo, aunque no fuese en lo intelectual el que más cerca de él se encontrase. ¿Quién libraría, pues, más denodadas batallas por salvarle? ¿Quién hasta el último momento machacaría una y otra vez más que él sobre el hierro frío de la tenacidad inalterable del amigo?

1. Véase el Preámbulo a la obra *Defensa de Sócrates*, en este mismo volumen.

Platón pone el principio de su obra en el momento en que es ya inminente el regreso de la nave. Se encuentra ya en el cabo Sunio, punta meridional del Ática. Llegara dentro del día que comienza a alborear cuando Critón llega al aposento en que Sócrates, lleno de sosiego, duerme. El tiempo apremia. Hay que hacer una desesperada, hábil y enérgica tentativa. Hay que evitar que el por tantos motivos admirable amigo perezca víctima de una injusta sentencia. La intensidad dramática se muestra desde las primeras líneas. Y Sócrates va anulando, uno por uno, todos los razonamientos que tratan de moverle a conservar su vida, hasta llegar al concluyente monólogo —llamémoslo así— de las leyes de la ciudad. Verdadero canto del respeto a las leyes es esta obraplatónica, pues son las razones de éstas las que constituyen la médula de la misma, el principal objetivo que sin duda persiguió el autor. Y juntamente con eso tenemos en el Critón, que debió de ser escrito pocos años después de la muerte de Sócrates (-399), y, por tanto, en el tiempo en que más podía arder en el discípulo el deseo de vindicar la memoria del maestro, un retrato psíquico y moral de éste.

Sabido es que Sócrates se sentía investido por la divinidad con una misión educadora sobre sus conciudadanos. En el Critón se nos muestra esa misión proyectada sobre la misma muerte; renunciar a ella en el supremo trance sería invalidar la labor de toda una vida. Si en otras ocasiones nos ha hablado el maestro de Platón de un demon (Saí(ico)u) que le exhorta a enseñar la virtud a los hombres, ahora también nos habla de una voz divina que le insta a aceptar la sentencia del tribunal que le ha condenado. En una ocasión la divinidad se vale de un sueño (una hemos a mujer dice al filósofo que dos días después llegará a la mansión de los muertos, pues tal es lo que se desprende del hexámetro homérico que le recita —«pasado mañana llegarás a la muy fértil Ftía»—); para cerrar la obra, Platón pone en boca del maestro estas significativas palabras: «Ea, pues, Critón, obremos así (es decir, renunciemos a la evasión), ya que así la divinidad nos lo indica.» Pero Sócrates, prescindiendo de esta participación de la divinidad en la ética de su conducta, quiere dar a su amigo razones de índole natural. Pero el diálogo no adquiere el tono de una discusión filosófica en lo que se refiere a ciertas normas de tipo ético.

No vemos el proceso racional que conduce a ese resultado; no es

eso lo que el autor quiere ofrecernos en su libro. Esas normas se nos presentan como conclusiones de razonamientos de antaño, a las que han llegado los interlocutores de común acuerdo. Y aplicadas a los deberes del individuo con respecto a las leyes, dejan completamente desarmado a Critón, quien poco ha podido, en verdad, aducir en su deseo de quebrantar la firmeza del condenado a muerte. Razones de índole personal han salido exclusivamente de sus labios, razones que han de quedar sumamente débiles ante la magnitud de la significación de las leyes, columnas de la ciudad que, de ser violadas por los ciudadanos, pueden acarrear, con su ruina, la de aquello que sostienen. En último extremo, Critón recurre al argumento de la injusticia de las leyes, que ante Sócrates no tiene más éxito que los que le han precedido.

La opinión del vulgo nada vale. Si queremos obrar sensatamente, no es ésa la que debemos seguir.

El vulgo obra a tontas y a locas; no sabe discernir el bien y el mal. ¿Cómo, pues, va a comunicar a los demás el discernimiento de que carece? Poco importa que se piense que Critón no ha querido gastar un óbolo para facilitar la fuga de Sócrates, o que ha habido cobardía por parte de todos los amigos a la hora de salvarle. Al fin y al cabo, los inteligentes advertirán la verdad: que éste no aceptó los medios de evasión que le brindaban. Y, en todo caso, ¿qué puede interesarle lo que piense nadie sobre este particular? Ciertamente es que nuestro filósofo tiene hijos pequeños; pero ni ellos pueden ser un factor de más peso que la obediencia de las leyes.

Lo que importa es ser fiel a sí mismo, siempre que la razón no se oponga a ello. Los razonamientos de otrora, los que antaño parecieron justos, no se pueden desechar por una conveniencia del momento. Ahora bien: sí pueden ser revisados. Y de ahí resulta que aquellas afirmaciones tienen un valor permanente. No se ha de prestar atención a todas las opiniones, sino sólo a algunas, a las buenas, a las de los hombres sensatos. (La virtud dimana del conocimiento: la maldad, de la ignorancia.) Con relación a lo justo y lo injusto debemos seguir la opinión del más entendido (Dios), y el hecho reviste una suma importancia, pues el alma es favorecida por la justicia y dañada por la injusticia. En cuanto al vivir, no es el mero vivir lo que debemos perseguir, sino el vivir bien, o, lo que es lo mismo, el vivir honestamente, el vivir justamente. En ningún caso se debe cometer injusticia, ni siquiera en el caso de que seamos víctimas de ella.

2. *Y aquí es donde comienza la intervención de las leyes de Atenas. Si Sócrates se evadiera y marchase a otra ciudad para rehuir el castigo contra él decretado, les produciría un peligroso quebranto. ¿Puede subsistir, no venirse abajo, aquella ciudad en que las sentencias pronunciadas carecen de fuerza? ¿Acaso Sócrates no ha nacido, adquirido educación y cultura, participado de tantos y tantos bienes, gracias a las leyes? ¿No son, pues, para el individuo más que el padre y que la madre? Por otra parte, si no le agradaban las vigentes en Atenas, ¿por qué ha vivido hasta los setenta años en la ciudad? Ha estado gozando de todas las ventajas que ellas le deparaban, ¿y ahora, por una vez que le son adversas, va a asestarles un golpe mortal?*

Y, para terminar, consideremos la objeción más fuerte de Critón: «La ciudad no era justa con nosotros; sus sentencias eran injustas.» Sócrates alega que el individuo no tiene los mismos derechos que la ciudad. No podemos responder a un golpe de nuestro padre con otro golpe; a un insulto de nuestro amo, si lo tenemos, con otro insulto. De la ciudad somos esclavos. Las leyes pueden en ocasiones estar erradas, en virtud de la participación que los hombres tienen en ellas; pero, sustancialmente, son de naturaleza divina. El atentar contra ellas puede ser fuente de males para la colectividad entera. El individuo debe, si están equivocadas, convencerlas de su error, para su modificación; de no ser así, sólo cabe la obediencia.

La presente traducción ha seguido en algunos casos a Burney, en general, la tradición de los manuscritos.

El diálogo Critón (Κρίτων), de Platón (del -428 al-347), fue escrito, según parece, entre el -399 y el -394, o sea poco después de la muerte de Sócrates (-399).

CRITÓN O DEL DEBER

SÓCRATES, CRITÓN

SÓCRATES. ¿Cómo aquí a esta hora, Critón? ¿Acaso no es todavía muy temprano?

CRITÓN. Por supuesto que lo es.

SÓCRATES. ¿Qué hora es, poco más o menos?

CRITÓN. Entre dos luces.

SÓCRATES. ¡Qué extraño! ¿Cómo ha podido hacer caso a tu llamada el guardián de la cárcel?

CRITÓN. Debido a mis frecuentes visitas a esta casa, es ya amigo mío. Y, además, tiene en su haber algunas atenciones que con él he tenido.

SÓCRATES. ¿Has llegado ahora mismo o hace largo rato?

CRITÓN. Hace bastante.

SÓCRATES. ¿Y por qué no me despertaste al llegar, sino que has permanecido sentado junto a mí sin decir palabra?

CRITÓN. ¡NO, por Zeus, Sócrates! Yo por mi parte tampoco quería estar en vela en medio de una situación tan lamentable. Pero es que, además, estoy maravillado desde hace largo rato de ver cuan plácidamente duermes, y de modo deliberado no te despertaba, a fin de que lo pasases lo más gratamente posible. Por cierto que ya antes, en muchas ocasiones desde que te conozco, te he considerado feliz por tu carácter, pero muy especial-

mente en la adversidad actual, convencido de que lo sobrellevas con entereza y buen ánimo.

SÓCRATES. Así es, Critón; estaría fuera de lugar a mi edad el disgustarse por el hecho de tener que morir en fecha próxima.

CRITÓN. También otros de esa edad se ven presos en infortunios semejantes, pero en modo alguno los libran sus años de irritarse contra su mala ventura.

SÓCRATES. Ciertamente. Pero dime: ¿por qué has venido tan temprano?

CRITÓN. Triste es la noticia que vengo a traerte, Sócrates. No para ti, según veo claramente; pero sí es triste y cruel para mí y para todos tus amigos. Es, a mi juicio, la noticia que más dolor puede producirme.

SÓCRATES. ¿Qué noticia es ésta? ¿Tal vez ha arribado de Délos la nave² cuya llegada es necesaria para que yo muera?

CRITÓN. Todavía no ha regresado, pero creo que lo hará hoy, a juzgar por lo que han manifestado algunos que han llegado del cabo Sunio³ y que la han dejado allí. Claro está, pues, como digo, de acuerdo con esos testimonios, que llegará hoy, y mañana será forzoso que mueras, Sócrates.

SÓCRATES. Sea en buena hora, Critón. Si así place a los dioses, así sea. Mas no creo que llegue hoy la nave.

CRITÓN. ¿De dónde sacas esa conjetura?

SÓCRATES. Verás. Yo debo morir en el día que siga al de la llegada de la nave, ¿no es eso?

2. Se hace referencia aquí a la nave que todos los años enviaban los atenienses a Délos, cuyos ocupantes iban a festejar a Apolo. El origen de esta costumbre está en la época legendaria: Minos, rey de Creta, quiso vengar la muerte de su hijo Androgeo*, caído en guerra con los atenienses, e impuso a éstos, tras vencerlos, el tributo de siete muchachas y otros tantos muchachos, que habían de enviar cada nueve años, para ser devorados por el Minotauro. Teseo fue el matador de éste, salvando así a las siete parejas que consigo llevó a Creta, y en virtud de la promesa que había hecho a Apolo si salía bien de su empeño, Teseo y los demás atenienses, sus subditos, quedaron obligados a enviar anualmente a Délos una embajada sagrada. Desde que la nave salía de Atenas hasta su regreso, quedaba suspendida en la ciudad toda ejecución capital. La tradicional costumbre tenía vigor todavía en la época de Sócrates, y el viaje de la nave hizo que transcurriera un mes entre su proceso condenatorio y su muerte. (Jenofonte: *Memorables*, IV, 8, 2.)

3. Cabo del sur de la península del Ática.

CRITÓN. Al menos eso dicen, como es sabido, los que tienen potestad sobre estos asuntos.

SÓCRATES. Pues bien: creo que no llegará en el día que entra, sino en el siguiente. Lo deduzco de cierto sueño que he tenido esta noche, hace poco. Y me parece que has obrado oportunamente al no despertarme.

CRITÓN. ¿Qué sueño ha sido ése?

SÓCRATES. Soñé que una hermosa y linda mujer, vestida de blanco, se acercaba a mí y me decía: «Sócrates,

al fértil país cuyo nombre es Ftía
irás, creo yo, en el tercer día.»⁴

CRITÓN. Extraño es el sueño, Sócrates.

SÓCRATES. Pero, a mi parecer, claro, Critón.

CRITÓN. Sí. Ojalá no fuera tan claro como parece. Mas dejemos eso, sublime Sócrates, y escucha lo que te digo: todavía tienes tiempo de obedecerme y de salvarte. Piensa que si mueres seré doblemente desgraciado, pues, además de quedar privado de un amigo de tal condición, que jamás tendré otro semejante, por si fuera poco, muchos hombres que no nos conocen suficientemente a ti y a mí creerán que fui negligente, convencidos de que yo te habría salvado si hubiese querido desprenderme de algún dinero. Y en verdad, ¿qué fama puede ser más vergonzosa que la del hombre que, según la opinión general, prefiere el dinero a los amigos? En efecto, la gente no creerá que fuiste tú mismo el que no quiso partir de aquí, a pesar de nuestros buenos deseos.

SÓCRATES. Pero, buen Critón, ¿a qué preocuparnos tanto de la opinión de la gente? Ten en cuenta que los más discretos —de cuyo parecer vale más la pena preocuparse— creerán que los hechos han acontecido tal y como sucedan.

CRITÓN. Pero tú estás viendo ahora, amigo Sócrates, que es preciso cuidarse también de la opinión del vulgo. Elocuente es por sí solo lo que ahora ha ocurrido;⁵ bien a

4. *litada*, IX, 363. Ftía es la patria de Aquiles, y Sócrates espera, con la muerte, alcanzar su verdadera patria.

5. Alusión al proceso condenatorio de Sócrates y, sin duda, a las circunstancias que lo motivaron.

las claras manifiesta que la masa es capaz de realizar, no ya los más pequeños daños, sino seguramente los mayores, cuando alguien ha sido calumniado ante ella.

SÓCRATES. Ojalá fuese la masa capaz de hacer los más grandes males, pues en ese caso también podría acometer las mejores acciones. Bien estaría eso. Pero la verdad es que son tan incapaces de lo uno como de lo otro. Quienes obran al azar no pueden obrar la prudencia ni la imprudencia de nadie.

CRITÓN. Admitamos eso. Pero ahora, amigo Sócrates, dime si es verdad esto: yo supongo que no estarás previniendo el que yo y tus restantes amigos, si tú sales de aquí, suframos el acoso de los *sicofantas*⁶ por haberte sacado furtivamente, y nos veamos obligados a perder todos nuestros bienes o, al menos, abundante dinero, o a sufrir además algún otro daño. Si tal temor tienes, mándalo a paseo: justo es que nosotros corramos ese riesgo, y aun otro mayor, si fuese preciso, por salvarte. Hazme caso, pues, y no obres de otro modo.

SÓCRATES. NO sólo trato de prevenir eso, sino otras muchas cosas, Critón.

CRITÓN. Pues bien, no temas eso: no es mucho el dinero que algunos apetecen para disponerse a sacarte de aquí y salvarte. En segundo lugar, ¿no ves que son gente barata esos *sicofantas* y que en modo alguno se necesitaría mucha cantidad para cerrar sus bocas? A tu disposición tienes mi capital, que, según creo, bastará; ahora bien: si por algún miramiento hacia mí no crees oportuno que sea empleado, dispuestos están a gastar esos extranjeros que tenemos entre nosotros. Hay uno entre ellos, el tebano Simias, que incluso ha traído una suma de dinero suficiente para ese fin; resuelto está también Cebes y otros muchísimos. Por consiguiente, no temas eso, como antes te decía, y no desistas de salvarte; por otra parte, no veas aquella embarazosa situación de que hablaste ante el tribunal: que, saliendo de Atenas, no sabrías cómo vivir. Piensa que te estimarán en mu-

6. Delatores profesionales, que en ocasiones practicaban lo que actualmente llamamos chantaje.

chos lugares adonde vayas, y, concretamente, si quieres ir a Tesalia, tengo allí muchos «huéspedes»⁷ que te tendrán en alta estima y te proporcionarán una estancia al abrigo de todo riesgo, de modo que ninguno de los habitantes de Tesalia te hará daño. Por otra parte, Sócrates, ni siquiera me parece justo lo que estás llevando a cabo: entregar tu propia vida, cuando puedes salvarla. Y precisamente lo que tus enemigos pueden buscar diligentes —y buscaron de hecho—, con la intención de perderte, eso procuras afanosamente que te ocurra. Además de eso, yo creo que también estás traicionando a tus propios hijos, a los cuales abandonarás con tu marcha,⁸ cuando está a tu alcance el llevar hasta su término su educación y crianza, y, privados de tu ayuda, vivirán como buenamente puedan, y, como es natural, les tocará en suerte el género de vida que suelen tener los huérfanos. O no se debe tener hijos o, si se tienen, hay que sufrir con ellos todas las cargas de su crianza y educación. Mas tú, a mi juicio, eliges el partido más fácil, cuando el que se debe seguir, máxime si se trata de un hombre que anda diciendo que a través de toda su vida se ha quitado de la virtud, es el que abrazaría un hombre de bien. Vergüenza siento por ti y por nosotros tus amigos; temo que todo lo que te ha sucedido parezca haber tenido cumplimiento merced a una carencia de hombría de bien por parte nuestra: el paso de la causa a la jurisdicción del tribunal; cómo pasó, a pesar de que pudo evitarse; cómo se desarrolló la propia vista de la causa...⁹ Y para colmo de todo, me abochorno al pensar en lo que sería la parte burlesca de lo sucedido: que creyesen que nosotros hemos rehuido tu salvación por cobardía y falta de entereza, cosa que harían al ver que no la procura-

7. Empleo la palabra «huésped» en el sentido recíproco que tiene en el castellano de nuestros clásicos, sentido que tiene también la palabra griega *févoc*. Los *févoi* eran hombres de distintas ciudades que concertaban un compromiso de recíproca hospitalidad, transmisible a sus descendientes, por medio de presentes y de prácticas religiosas bajo la protección de Zeus (*Zeû<; ^évioc*).

8. Eufemismo por «muerte».

9. Sócrates pudo librarse de comparecer ante el tribunal saliendo de Atenas. Y en el mismo juicio pudo alcanzar una sentencia benigna; pero su actitud altanera ante los jueces, de que tenemos muestra en varios pasajes de la *Defensa de Sócrates*, de Platón, y en la de Jenofonte, le hizo perder votos favorables.

mos, ni tú a ti mismo, a pesar de ser posible y hacedera, de haber algún interés, por poco que fuera, por nuestra parte. Procura, por tanto, evitar, amigo Sócrates, junto con la muerte, la vergüenza que todo eso acarrearía a ti y a nosotros. Decide, pues... Pero más bien puede decirse que no es ya tiempo de decidir, sino de tener tomada la decisión. Y la resolución que tomes no admite ya rectificación, pues en la noche próxima ha de estar hecho todo eso. Y si nos retrasamos algo, ya no será posible llevarlo a cabo. Ea, pues, Sócrates; hazme caso sin reservas y no obres de otro modo que como te he dicho.

SÓCRATES. Estimable celo el tuyo, Critón, de contar con la compañía de cierta rectitud razonadora. En caso contrario, cuanto mayor, tanto más impertinente. Lo que hemos de hacer, pues, es reflexionar si debemos llevar a cabo lo que dices o no; porque yo, no sólo ahora, sino siempre, he sido un hombre dispuesto a obedecer, entre todo lo que se me alcanza, a la razón que en mis meditaciones se me muestra como la mejor. Ahora no puedo rechazar, porque me haya sucedido esto, las razones que hasta la fecha he repetido, sino que casi por entero las veo del mismo modo, y mi veneración y mi estima se inclinan por las mismas que antes; si no podemos aducir ahora otras mejores que éstas, puedes estar seguro de que no estaré de acuerdo contigo, ni aunque el poder de la multitud nos atemorice, como si fuéramos niños, con espantajos más numerosos que los de ahora, disponiendo contra nosotros cadenas, muertes y confiscaciones de bienes. Pues bien: ¿cómo resolveremos la cuestión del modo más conveniente? Creo que, en primer lugar, debemos volver a examinar la sugerencia que haces acerca de las opiniones. ¿Ha estado siempre bien dicho que debemos tomar en consideración ciertas opiniones y otras no, o no lo ha estado? ¿Tal vez estaba bien dicho antes que yo me viese en trance de muerte, y ahora, contrariamente, se ha visto del todo claro que eran vanas palabras hablar por hablar, especie de infantil pasatiempo y frivola chachara? De corazón deseo, Critón, examinar juntamente contigo si esas palabras debo verlas de otro modo, por encontrarme en esta situación,

o del mismo, y si habremos de mandarlas a paseo o prestarles obediencia. Sobre poco más o menos, los que se tienen por personas de palabra sensata solían decir lo que yo manifestaba ahora: que de las opiniones que tienen los hombres, unas deben ser muy estimadas y otras nada. Por los dioses, Critón: ¿no te parece bien dicho esto? Tú, al menos, según lo que puede humanamente conjeturarse, estás lejos de tener que morir mañana, y, siendo así, no debe inducirte a error la coyuntura presente; dime, pues: ¿no te parece que es con toda razón como se dice que no debemos estimar las opiniones todas de los hombres, sino unas sí y otras no; ni las de todos, sino las de unos sí y las de otros no? ¿Qué dices? ¿No está bien dicho eso?

CRITÓN. Sí, lo está.

SÓCRATES. ¿Y es verdad que hay razón para afirmar que merecen aprecio las buenas y no las malas?

CRITÓN. Así es.

SÓCRATES. ¿NO te parece que son buenas las de los prudentes y malas las de los insensatos?¹⁰

CRITÓN. ¿Cómo no?

SÓCRATES. Veamos, pues. ¿Qué sentido tenían esas palabras? Un hombre que quiere hacer ejercicio físico y se dedica a ello, ¿presta atención al reproche, a la censura y a la opinión de cualquier hombre o de sólo aquel que es médico o maestro de gimnasia?

CRITÓN. De sólo aquél.

SÓCRATES. Según eso, debe temer las censuras y recibir con alegría las alabanzas de sólo aquél y no las de la mayoría de los hombres.

CRITÓN. Evidentemente.

SÓCRATES. Y, por tanto, tiene que comportarse, ejercitarse, comer y beber como lo crea oportuno aquel hombre solamente, o sea el maestro, el entendido, y no como parezca bien a todos los demás hombres.

CRITÓN. Así es.

SÓCRATES. Bien. Mas si desobedece a ese hombre y

10. Para Sócrates, la virtud va unida al conocimiento y la maldad a la ignorancia.

desprecia su opinión y sus alabanzas, en tanto que estima las del vulgo, que no es entendido, ¿verdad que sufrirá algún daño?

CRITÓN. ¿Cómo no?

SÓCRATES. ¿Y qué daño es ése? ¿A qué resultados conduce? ¿A cuál afecta de los elementos del desobediente?

CRITÓN. Por supuesto que al cuerpo, ya que es éste el que se arruina.

SÓCRATES. Dices bien. Y las restantes cosas —no hace falta citarlas todas— son del mismo modo. Y, concretamente, con relación a lo justo y lo injusto, lo vergonzoso y lo honesto, lo bueno y lo malo, que son la materia de nuestra presente reflexión, ¿debemos seguir la opinión de la mayoría y temerla, o sólo la del más entendido, aquel a quien hay que respetar y temer más que a todos los demás juntos? Pues si no le obedecemos, quebrantaremos y arruinaremos aquello que con la justicia se hacía mejor y con la injusticia se corrompía. ¿O tal vez es eso algo insignificante?

CRITÓN. NO lo considero insignificante, Sócrates.

SÓCRATES. Y ahora veamos: si por no hacer caso de la opinión de los entendidos corrompemos aquello que mejora de condición merced a un régimen sano y se arruina con uno insano, ¿serán buenas nuestras condiciones de vida, estando eso corrompido? Al decir «eso» he aludido al cuerpo, ¿no es así?

CRITÓN. Sí.

SÓCRATES. Pues bien: ¿serán buenas nuestras condiciones de vida con un cuerpo vil y corrompido?

CRITÓN. De ninguna manera.

SÓCRATES. ¿Y lo serán si tenemos corrompido aquello que es dañado por la injusticia y favorecido por la justicia?¹¹ ¿O tal vez estimamos que aquello, sea lo que fuere entre las cosas que nos pertenecen, y a lo cual afectan la injusticia y la justicia, tiene menos importancia que el cuerpo?

CRITÓN. De ningún modo. '

SÓCRATES. ¿Tiene más entonces?

11. Se refiere, claro está, al alma.

CRITÓN. Mucha más.

SÓCRATES. Por tanto, amigo mío, en modo alguno debemos cuidarnos tanto de qué dirá acerca de nosotros la gente; nuestra sola preocupación ha de ser qué dirá acerca de lo justo y de lo injusto el entendido, él solo, junto con la verdad misma.¹² Así pues, en primer lugar, no aconsejas bien al pretender que debemos cuidarnos de la opinión del vulgo en relación con lo justo, lo honesto, lo bueno y sus contrarios. Mas sin duda alguna podrá decir alguien: «Pero el vulgo es capaz de darnos muerte.»

CRITÓN. Claro que sí. Podrá decirlo, Sócrates. Dices verdad.

SÓCRATES. Pero, chocante amigo, el razonamiento que hemos desarrollado sigue igual que antes, al menos a mi parecer. Y ahora considera si esta otra aserción continúa en pie para nosotros o no: «No es el vivir lo que ha de ser estimado en el más alto grado, sino el vivir bien.»

CRITÓN. Sí, continúa en pie.

SÓCRATES. ¿Y puedes decir lo mismo de esta otra: «El vivir bien, el vivir honestamente y el vivir justamente son una misma cosa?»

CRITÓN. Así es.

SÓCRATES. Pues bien: de acuerdo con lo convenido, he aquí lo que debemos reflexionar: si es justo que yo trate de salir de aquí sin la anuencia de los atenienses o no lo es. En el caso de que lo veamos claramente como justo, intentemos mi evasión; en caso contrario, no. En cuanto a las consideraciones que me haces acerca del gasto de dinero, de la opinión y de la crianza de los hijos, ten cuidado, amigo Critón, no sean como las determinaciones de los que fácilmente condenan a muerte, y resucitarían con la misma facilidad a sus víctimas, si pudieran, sin ningún fundamento; es decir, de esa masa. Nosotros, ya que la razón así lo manda, no examinemos otra cuestión que la que ahora mismo mencionábamos, es decir, si obraremos justamente pagando dinero y prodigando favores a los que me han de sacar de aquí, sien-

12. Hace referencia a Dios y lo identifica con la Verdad.

do nosotros fugitivos, amén de cómplices de la huida o cometeremos verdaderamente injusticia al hacer todo eso; si resulta evidente que tal conducta sería injusta, no deberemos pararnos a considerar ni si será forzoso que muramos por permanecer aquí cruzados de brazos ni si habremos de sufrir lo que quiera que fuese, con tal de no obrar con injusticia.

CRITÓN. Me parece que son acertadas tus palabras, Sócrates. Y ahora considera qué debemos hacer.

SÓCRATES. Reflexionemos juntos, amigo mío, y si puedes de algún modo refutar mis aseveraciones, hazlo y te obedeceré. En caso contrario, deja ya, buen Critón, de repetirme una y otra vez el mismo tema; es decir, que debo salir de aquí en contra de los deseos de los atenienses. Desde luego, estoy inclinado a no tomar una decisión sin persuadirte antes; no quiero obrar en contra de tu voluntad. Así pues, mira ahora si te parece que ha quedado bien sentado el principio de nuestra reflexión y procura responder a mis preguntas del modo que mejor te parezca.

CRITÓN. Trataré, pues, de hacerlo.

SÓCRATES. ¿Afirmamos que de ningún modo se debe obrar voluntariamente con injusticia, o que de cierto modo sí, de cierto modo no? ¿Es cierto que el cometer injusticia no es bueno ni honesto, como hemos reconocido ya muchas veces antes de ahora? ¿O tal vez aquellos acuerdos nuestros anteriores a estas fechas se han desvanecido en estos pocos días, y resulta, por lo visto, amigo Critón, que desde hacía tiempo conversábamos seriamente unos con otros, sin advertir que, pese a nuestra edad, en nada nos diferenciábamos de los niños? Y de no ser así, ¿nuestra afirmación es la misma de antaño: «Tanto si el vulgo lo afirma como si lo niega, tanto si hemos de sufrir una suerte más dura que la presente como si hemos de tener una más halagüeña, pese a quien pese, el cometer una injusticia ¿es malo y vergonzoso para el que la comete?» ¿Podemos sostener esto?

CRITÓN. Podemos sostenerlo.

SÓCRATES. Así pues, de ningún modo se debe obrar injustamente.

CRITÓN. Dé ningún modo, por supuesto.

SÓCRATES. Por tanto, tampoco el que es víctima de una injusticia debe devolverla, pese a la opinión del vulgo, ya que en ningún caso debemos hacer cosa injusta.

CRITÓN. Evidentemente.

SÓCRATES. Bien. ¿Y es lícito hacer mal a alguien o no lo es, Critón?

CRITÓN. NO lo es, por supuesto, amigo Sócrates.

SÓCRATES. Bien. ¿Y es justo o no es justo que el que sufre un daño lo devuelva? La gente cree que sí.

CRITÓN. De ningún modo es justo.

SÓCRATES. Porque dañar a otro en nada se diferencia de ser injusto, ¿no es eso?

CRITÓN. Verdad es lo que dices.

SÓCRATES. ASÍ pues, no se debe devolver injusticia por injusticia ni hacer daño a hombre alguno, ni aun en el caso de que recibamos de ellos un mal, sea el que fuere. Y ahora, Critón, ten cuidado, no sea que al reconocer esto lo hagas en contra de tu opinión. Te lo digo porque sé que los de esté parecer son y serán pocos. Por otra parte, no tienen un común criterio los que creen así y los que piensan de modo contrario, y por fuerza se desprecian mutuamente, al considerar los unos el sentir de los otros. Reflexiona, pues, también tú con mucha atención si estás de acuerdo y opinas igual que yo, y, en caso afirmativo, comencemos a discutir, partiendo de ese principio, o sea de que en ninguna ocasión el obrar injustamente, el devolver injusticia por injusticia y el defenderse del daño que uno recibe, motivando a su vez un perjuicio, son modos rectos de obrar. ¿O tal vez te apartas de ese principio y no quieres convenir en ello? Yo, por mi parte, opino así desde hace mucho tiempo y así sigo haciéndolo hoy; pero si la cosa te parece de otro modo, dímelo, explícamelo. Mas si te mantienes en lo que en anteriores ocasiones sosteníamos, escucha lo que sigue.

CRITÓN. Persisto en lo dicho y soy de tu mismo parecer. Habla, pues.

SÓCRATES. He aquí lo que te digo o, mejor dicho, te pregunto: ¿se ha de hacer o se ha de burlar aquello que convenimos con alguien y que es justo?

CRITÓN. Debe hacerse.

SÓCRATES. Mira, pues, lo que de aquí se deduce. Si nosotros escapamos de aquí sin haber convencido previamente a la ciudad, ¿nos portamos mal con alguien, y precisamente con quienes menos deberíamos, o no? ¿Permanecemos fieles a aquello que convinimos y que es justo o no?

CRITÓN. NO puedo responder, Sócrates, a lo que me preguntas; no lo entiendo.

SÓCRATES. Sigue, pues, este razonamiento. Si proyectando nosotros fugarnos de aquí o como haya que llamar a eso, se nos acercasen las leyes y los gobernantes de la ciudad y nos preguntasen: «Dinos, Sócrates, qué piensas hacer. ¿Verdad que con lo que te propones llevar a cabo intentas destruirnos a nosotras, las leyes, y a la ciudad entera en lo que está de tu parte, o tal vez te parece posible que siga existiendo, que no se venga abajo aquella ciudad en la cual no tienen fuerza alguna las sentencias pronunciadas, sino que pierden su autoridad y son aniquiladas por obra de los particulares?» ¿Qué diremos, Critón, a estas razones y a otras semejantes? Pues; en efecto, muchos argumentos podrían esgrimirse, sobre todo si fuera un orador el encargado de ello, en defensa de esta ley en trance de ser violada, de la ley que determina que las sentencias pronunciadas son inamovibles. ¿Diremos acaso que la ciudad era injusta con nosotros y que no sentenciaba con rectitud? ¿Diremos esto o no?

CRITÓN. Esto, ¡por Zeus!, amigo Sócrates.

SÓCRATES. ¿Y qué responderemos si las leyes dicen: «Sócrates, ¿es ése, acaso, el convenio estipulado entre tú y nosotras? ¿No te comprometiste a someterte a las sentencias que la ciudad pronunciase?» En caso de que sus palabras nos causasen extrañeza, seguramente añadirían: «Sócrates, no te maraville lo que te decimos, y responde, ya que también tú sueles recurrir al sistema de preguntas y respuestas. Ea, pues, dinos: ¿cuál es el motivo de queja que tienes con respecto a la ciudad y nosotras y que te mueve a intentar aniquilarnos? Veamos para empezar: ¿no te trajimos al mundo nosotras, ya que por nuestra mediación casó con tu madre tu padre y te

engendró? Di, pues: ¿tienes algún motivo de disgusto con aquellas de nosotras que son leyes relativas a los matrimonios, por considerar que no son buenas?» «No», respondería yo. «¿Y con las leyes concernientes a la crianza y educación del niño, que tú también disfrutaste? ¿Tal vez no eran buenas las prescripciones de aquellas de entre nosotras a las cuales compete este cometido, cuando ordenaban a tu padre que te hiciese instruir tanto en lo espiritual como en lo físico?» «Sí eran buenas», respondería yo. «Pues bien: si naciste, fuiste criado e instruido merced a nosotras, ¿puedes sostener que no eras nuestro hijo y nuestro esclavo,¹³ tú y tus antepasados? Y si esto es así, ¿crees tener los mismos derechos que nosotras y consideras que te está permitido obrar con las leyes como ellas intenten obrar contigo? Con respecto a tu padre —y lo mismo diríamos con respecto a tu amo, si lo hubieses tenido—, no disponías de una igualdad de derechos que te permitiera tratarlos de igual forma que ellos a ti; no podías, pues, aunque hablasen mal de ti, hablar mal de ellos, ni golpearlos, aunque te golpeasen, etc. ¿Cómo, pues, vas a disfrutar de esa igualdad con respecto a tu patria y sus leyes, de suerte que si nosotras tratamos de quitarte la vida, por considerarlo justo, intentes también tú, en la medida de tus fuerzas, matarnos, para defenderte, a nosotras, las leyes y la patria, y digas que esa conducta es justa, tú, un hombre que siente verdadera preocupación por la práctica de la virtud? ¿Tal vez eres tan sabio que se te oculta que la patria es más digna de respeto que la madre, el padre y los antepasados todos, y más venerable, sagrada y considerada tanto entre los dioses como entre los hombres sensatos, y que hay que adorarla, ceder ante ella y halagarla, cuando está enojada, más que al padre, y o persuadirla o hacer lo que mande, y sufrir de buen talante lo que ordene sufrir, tanto si se trata de recibir golpes o de aguantar cadenas como si nos conduce a la guerra a correr el riesgo de ser heridos o muertos? ¿Ignoras que

13. Para el hombre antiguo, la ciudad y sus leyes son sagradas; el individuo carece de derechos frente a ellas.

hay que hacer eso, que así lo exige la justicia, que no hay que ablandarse, retroceder ni abandonar el puesto, sino que en la guerra, ante el tribunal y en todas partes hay que llevar a cumplimiento lo que la ciudad y la patria ordenen, o convencerlas de acuerdo con las exigencias de la justicia? ¿Desconoces acaso que no es piadoso maltratar a una madre o a un padre, y mucho menos aún a la patria?» ¿Qué responderemos a eso, Critón? ¿Que dicen verdad las leyes o que no?

CRITÓN. Que dicen verdad.

SÓCRATES. «Pues bien, Sócrates —añadirían tal vez las leyes—: piensa si decimos verdad al afirmar que no es justo lo que tratas de hacernos. Veamos: nosotras te trajimos al mundo, te criamos y educamos, hicimos partícipes de todos los bienes de que nos fue posible a ti y a todos los demás ciudadanos y, no obstante, tenemos concedida licencia —y así lo advertimos— para que, después de alcanzar los derechos de ciudadanía y de concernos a nosotras, las leyes, y todo lo concerniente a la ciudad, pueda todo ateniense a quien no le agradamos marchar con sus cosas a donde quiera. Y ninguna de nosotras, las leyes, es obstáculo ni prohíbe, en el caso de que alguno de vosotros quiera marchar a una colonia o establecerse en calidad de extranjero domiciliado dondequiera que sea, por no gustarle la ciudad y nosotras, que vaya a donde le plazca con sus bienes. Pero cuando uno de vosotros, conociendo nuestro modo de hacer justicia y de gobernar a la ciudad en los restantes aspectos, permanece en ella, creemos que se ha comprometido de hecho con nosotras a cumplir aquello que le ordenamos, y consideramos, si es desobediente, que delinque por tres motivos, ya que no obedece a sus progenitores, que somos nosotras; ni a sus nodrizas, que somos también nosotras; y porque, habiéndose comprometido a obedecernos, ni lo hace ni nos convence de que sea mala nuestra conducta en algún punto, y eso que todas nuestras órdenes carecen de acritud, y permitimos elegir entre dos cosas: o convencernos o cumplir lo que mandamos, cosas ambas que no realiza, como hemos dicho.» Éstas son, Sócrates, las acusaciones que creemos van a

recaer sobre ti también, si haces lo que proyectas, y no en menos grado que sobre cualquier otro ateniense, sino en el grado más alto. Pues bien; si yo les preguntase: «¿Por qué?», sin duda me reprenderían con razón, manifestando que yo he sido el ateniense que mayormente ha contraído con ellas el referido compromiso. Y he aquí lo que alegarían: «Sócrates, grandes son las pruebas que tenemos de que la ciudad y nosotras te éramos gratas. En efecto, no pasarías en Atenas más tiempo que cualquier otro ateniense si no te agradase más, pues la verdad es que jamás saliste de la ciudad ni siquiera para acudir a una fiesta, salvo una vez que fuiste al Istmo. A ninguna otra parte has ido, si exceptuamos algunos lugares a los que fuiste en expedición militar. Fuera de eso, jamás hiciste, como los demás ciudadanos, un viaje, ni sentiste el deseo de conocer otra ciudad y otras leyes, sino que nuestra ciudad y nosotras te bastábamos: tal era la fuerza de tu preferencia por nosotras y hasta tal punto estabas conforme con ser ciudadano según nuestras normas. Y entre todo lo que hiciste en esta ciudad, merece mención el hecho de que tus hijos nacieron aquí, lo cual fue así porque la ciudad era de tu agrado. Pero hay algo más: en el mismo proceso te era lícito proponer para ti la pena de destierro, si querías, y podías conseguir entonces con la anuencia de la ciudad lo que ahora intentas en contra de su voluntad; pero en aquella ocasión te vanagloriaste de no sentir disgusto porque hubieses de morir, y, según dijiste, preferías la muerte al destierro. Y he aquí que ahora ni respetas aquellas palabras ni tienes miramiento alguno para con nosotras, las leyes, ya que tratas de aniquilarnos, y tu conducta es la que observaría el más vil esclavo, al tratar de fugarte con quebranto de los convenios y de los acuerdos conforme a los cuales te comprometiste a vivir. Y ahora, en primer término, respóndenos a esto: ¿Decimos verdad al sostener que tú contrajiste de hecho, aunque no de palabra, el compromiso de acomodar a nuestras normas tu vida ciudadana, o no decimos verdad?» ¿Cuál será nuestra respuesta, Critón? ¿Les daremos la razón?

CRITÓN. ES forzoso.

SÓCRATES. Pues he aquí lo que seguirían diciendo: «¿Verdad que si tratas de quebrantar los acuerdos con nosotras concertados no es porque contrajeras tales compromisos constreñido por una necesidad, ni engañado, ni obligado a tomar una decisión en breve tiempo? En cuanto a este último punto, son setenta los años de que has dispuesto para marcharte de la ciudad si nosotras no éramos de tu gusto o los acuerdos no te parecían justos. Pero ni Lacedemonia ni Creta preferiste —y eso que dices a cada paso que ambas gozan de buenas leyes—, ni ninguna otra ciudad griega o bárbara; lejos de eso, te ausentaste menos de Atenas que los cojos, ciegos y demás impedidos: hasta tal punto la ciudad te agradaba más que a los restantes atenienses, y también nosotras, evidentemente, pues ¿a quién puede gustar una ciudad si no le satisfacen también sus leyes? ¿Y ahora nos sales con que no vas a ser fiel a lo convenido? ¡Ea!, Sócrates, obedécenos y evita el ridículo que harías saliendo de la ciudad.

»Efectivamente, considera qué beneficio vas a depararte a ti mismo o a tus amigos al violar los referidos compromisos, al quebrantar cualquiera de ellos. Pues es evidente, creemos, que también tus amigos correrán el riesgo de ser desterrados y quedar privados de sus derechos cívicos, o de perder su fortuna; en cuanto a ti, veamos en primer término: si vas a alguna de las ciudades más cercanas, Tebas o Mégara —ambas tienen buenas leyes—, llegarás a ellas, Sócrates, como enemigo de su régimen de gobierno, y todos cuantos miran por el bien de su ciudad te verán con desconfianza, por considerarte un violador de las leyes y harás buena la opinión de tus jueces, de suerte que parecerá justo su fallo, pues el que atentó contra las leyes muy bien puede parecer que ha hecho daño a los jóvenes y a los hombres poco sensatos. Y siendo esto así, ¿huirás de las ciudades de buenas leyes y de los hombres más honestos? Y si obras así, ¿valdrá la pena vivir? ¿O tal vez te acercará a ellos y tendrás la desvergüenza de hablarles... de qué, Sócrates? ¿Les dirás quizá lo mismo que aquí decías, que la virtud y la justicia, las normas tradicionales de conducta y las leyes han de

gozar de la máxima estimación de los hombres? Mas ¿no crees que ese modo de obrar de Sócrates parecerá a todas luces chocante? Forzosamente hay que creerlo.

»Pero supongamos que no permaneces allí, sino que abandonas esas ciudades y marchas a Tesalia, en busca de los "huéspedes" de Critón. Allí existe gran libertinaje y vida licenciosa, y sin duda oirán con gusto de tus labios el jocoso relato de tu fuga de la cárcel, con los detalles del disfraz o de la zamarra o de cualquiera de las prendas que suelen encajarse los fugitivos, amén del cambio de las propias facciones. ¿Y crees que no habrá quien saque a relucir el hecho de haberte atrevido, a tu avanzada edad, con poca vida por delante, como es natural, a quebrantar las leyes más sagradas por un excesivo apego a la vida? Tal vez no lo digan, si a nadie eres enojoso; pero, en caso contrario, oirás muchas cosas indignas de un hombre como tú. Y vivirás adulando a todos y siendo su esclavo, y, por otra parte, no harás otra cosa que regalar-te, como quien ha ido a Tesalia a un banquete. ¿Y dónde se nos quedarán aquellos razonamientos sobre la justicia y la restante virtud?¹⁴

»Ahora bien: ¿quieres tal vez vivir por tus hijos, para terminar su crianza e instruirlos? ¿Y qué? ¿Piensas llevarlos a Tesalia y educarlos allí, haciéndolos extranjeros, para que obtengan también ese beneficio?¹⁵ ¿O no tienes esa intención, pero sí piensas que, si vives tú, su educación y crianza estarán mejor atendidas que si mueres, aun admitiendo que se habrán de criar en Atenas y que, por tanto, no estarás con ellos? Son tus amigos los que se cuidarán de ellos: ¿acaso lo harán sólo en el caso de que vayas a Tesalia, y no si vas al Hades?¹⁶ Debemos pensar que en ambos casos lo harán, a poco que puedan, los que se precian de ser amigos tuyos.

»¡Ea!, pues, Sócrates; obedece a tus nodrizas, que somos nosotras, y no estimes a tus hijos, ni el vivir ni otra

14. En singular, porque Sócrates ve una virtud única que tiene varias manifestaciones o aspectos.

15. Irónico.

16. Se daba este nombre al lugar de residencia de las almas de los muertos, del que se suponía soberano al dios de este nombre.

cosa alguna, por encima de la justicia, para que puedas, cuando vayas a la mansión de Hades, alegar todo esto en tu defensa ante los que allí gobiernan. Es evidente que si obras como pretendías, la cosa no es aquí para ti ni para ningún otro de los tuyos mejor, ni es más justa ni más piadosa, ni tampoco será mejor cuando llegues allá. Ahora bien: es cierto que ahora vas a marchar al Hades, si es que vas, víctima de una injusticia —te la han ocasionado los hombres; no nosotras, las leyes—; pero si escapas de la ciudad, devolviendo tan vergonzosamente injusticia por injusticia, mal por mal, quebrantando los convenios y acuerdos que con nosotras concertaste y dañando a quienes menos deberías dañar, es decir, a ti mismo, a tus amigos, a tu patria y a nosotras, en ese caso, nosotras seremos duras contigo mientras vivas, y allí nuestras hermanas, las leyes de la morada de Hades, no te acogerán con benevolencia, sabedoras de que hiciste lo posible por acabar con nosotras. Así pues, que no te persuada Critón a hacer lo que dice, más que nosotras.»

Ten por seguro mi querido Critón, que, al modo como los coribantes¹⁷ creen oír las flautas, me parece oír todo eso, y que en mi interior resuena el clamor de esas palabras y hace que no pueda escuchar cualesquiera otras. Sabe, pues, que, al menos según mi actual modo de pensar, si hablas en contra de eso, lo harás en balde. No obstante, si crees que algo vas a conseguir, habla.

CRITÓN. Pero nada puedo decir, Sócrates.

SÓCRATES. ¡Ea!, pues, Critón, obremos así, puesto que así lo indica la divinidad.

17. Sacerdotes de la diosa frigia Cibele, que en estado de alucinación creían escuchar a veces las flautas de los acompañantes de la diosa.